V. BASILISO MARTINEZ PEREZ

SACRIFICIO

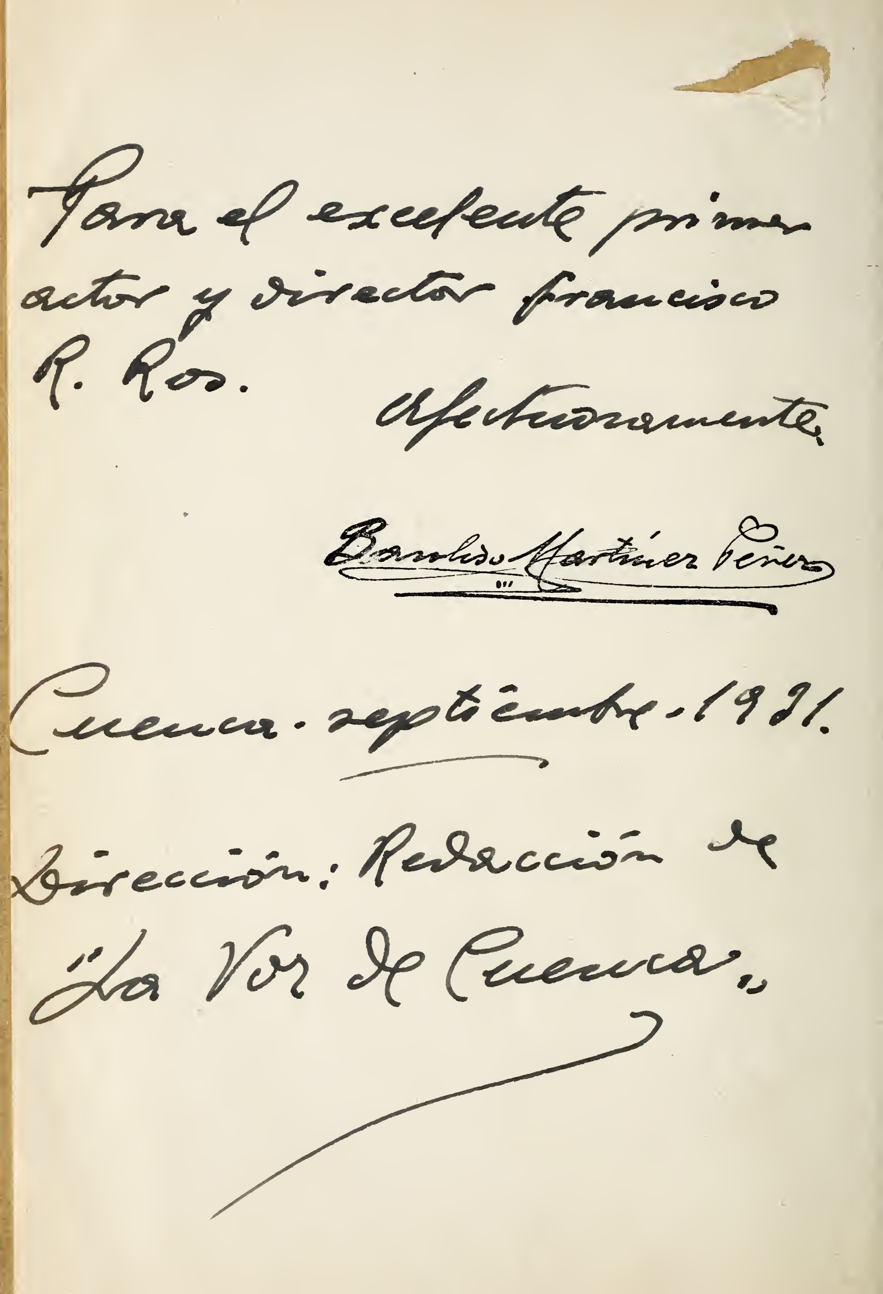
DRAMA EN TRES ACTOS
Y UN PRÓLOGO ORIGINAL



CUENCA
TIP. RUIZ DE LARA
1931

V. D.

SACRIFICIO



Para el excelente primer actor y director Francisco R. Ros.

Afectuosamente.

[illegible] Martínez Pérez

Cuenca - septiembre - 1921.

Dirección: Redacción de "La Voz de Cuenca".

V. BASILISO MARTINEZ PEREZ

SACRIFICIO

DRAMA TRAGICO EN
TRES ACTOS Y UN
PROLOGO, ORIGINAL



TIP. RUIZ DE LARA
1931

REPARTO

Rosario. . . . .
María. . . . .
Pilar.. . . . .
Ramón.. . . . .
Esteban. . . . .
D. José.. . . . .
Luis Angulo. . . . .
Tomás. . . . .
El tío Antonio. . . . .
D. Fernando.. . . . .
«Marte» dios de la guerra.. . . .
Pueblo y Rondalla.

La acción en un pueblo castellano. Epoca actual.

PROLOGO

Se hace la obscuridad en la sala. En la escena, una luz rojiza permite ver la figura de «Marte», de cuyos pies asciende una densa columna de humo. Con voz potente, segura y pausada declama el siguiente

MONOLOGO

Soy tan viejo como el mundo. El rey más poderoso de esta tierra miserable, donde solo anidan y tienen vida próspera los odios, las pasiones y venganzas. Ante mí se han postrado, desde la más remotas épocas, naciones enteras, para tributarme vasallaje; ante mi poder soberano, doblaron la cerviz infinitos monarcas de efímero reinado, para implorar un poco de sostén, con que afianzar sus tronos decadentes; ante mi realeza inextinguible, se inclinaron millares de príncipes, en ocasiones incontables, para mendigar un poco de justicia contra aquellos reyezuelos que, ambiciosos de poder, arrebatáronles los reinos que heredaron de sus progenitores augustos.

Soy el Dios de la Guerra. «Marte», me llamaron los griegos primitivos cuando me conocieron, y en el Olimpo tuve un trono.

Hace siglos, muchos siglos, que me fué conferida la misión de dirimir las contiendas suscitadas entre los pueblos ambiciosos.

Mi campo de acción es la tierra toda. Los hombres me reclamaron y todavía me reclaman por doquier.

Hago rugir la metralla de mis escuadras poderosas, sepultando, en los abismos insondables de los turbulentos océanos, las

más grandiosas naves que el genio del hombre pudiera construir, y en el seno de las aguas, las muchedumbres guerreras se retuercen ridículamente en los espamos de la más terrible de las agonías. Otras veces, arrollo las ciudades más hermosas, las más florecientes, las más industriosas, las más artísticas. Derribo, inconmovible, catedrales y otros templos cristianos de incalculable valor; reduzco a informe montón de escombros los más altivos palacios señoriales. ¡Cuántas veces dirigí un rayo de mi provocacada cólera sobre los grandes colegios, para truncar unas vidas que empiezan, para marchitar y destruir esos preciosos ramilletes de flores juveniles que todavía no conocen la ambición que ciega a los pueblos y es preciso que terminen sus vidas incipientes sin conocer este vicio tan odioso! ¡Cuántas veces envié varias granadas destructoras sobre esos hospitales, donde gimen humanas criatutas, para, en un momento, arrancar sus presas al dolor!

Las madres me maldicen, porque arrebato, despiadado, de sus brazos cariñosos, a los hijos ya fuertes, a los hijos ya hombres y los conduzco, sin escuchar sus quejas, sin oír sus gritos desgarradores, a los campos de batalla, a esos campos que deben regar con su sangre inocente, con su sangre de mártires... Me maldicen las esposas amantísimas, que ven alejarse camino de la guerra, con el rostro compugido y destrozado el corazón, a los trabajadores y cariñosos compañeros de su vida, mientras los niñitos, desconsolados por los lloros de la madre, gritan fuertemente para llamar al papá que tanto quieren... Me maldicen las doncellas enamoradas, que ven partir a los jóvenes donceles que supieron verter, en sus oídos, las más alhagüeñas esperanzas, las ilusiones más sonrientes, las palabras más cariñosas, los más dorados sueños... Y me maldicen todas, todas, al final de la guerra, cuando las madres han perdido a sus hijos, las esposas a los esposos, las hijas a los padres, y yo, entonces, como ser sin entrañas, me gozo en el dolor de la mujer y dirijo una mirada a los campos asolados, escenarios de las luchas, y contemplo, sonriente, los montones de cuerpos anquilosados que yacen, bañados en grandes charcos de sangre, y vuelvo la vista, hasta fijarla en los hogares de los hombres combatientes que sacrificaron, inútilmen-

te, sus vidas preciadas, y asisto al espectáculo de la tragedia... Los viejos progenitores de las víctimas inmoladas a mi soberanía, graves, callados, con la faz contraída y en los labios el rictus de un acerbo dolor, con el corazón lacerado por la desgracia inminente...Y sonrío a las mujeres que, locas por la desesperación, pronuncian frases incoherentes; lanzan, angustiosas, gritos inarticulados que destrozan el alma, mientras lágrimas abundantes corren por sus rostros demacrados, macilentos y escurridos por numerosas horas de continuo padecer... Y, yo, río; lanzo una sonora carcajada de burla en aquel aposento lúgubre y trágico, y todos me contemplan con miradas de enfermos, de locos o de idiotas mientras exclamo: Ahí tenéis el triste resultado de las ambiciones humanas. Mientras los monarcas, mientras los jefes de estado, dilatan, satisfechos, sus fronteras y avasallan países impotentes, a costa de la sangre de sus súbditos, vosotros reducís vuestra familia, perdiendo, para siempre, a los seres más queridos.

CUADRO

Obscuridad total. Desaparece Marte. Se hace la luz en escena y continúa el prólogo.

Blanca habitación en casa de unos acomodados labradores. Al fondo, puerta amplia y reja florida. Otra puerta en cada uno de los dos laterales.

A la derecha, una mesa de pino, junto a la cual, están sentadas la señora Rosario, Pilar y María, las dos primeras de riguroso luto. Frente a ellas, sentado y oculto el rostro entre las manos, el señor Esteban, también vestido de negro. Sillas y otros enseres, en los que impera la sencillez y la limpieza, distribuídos por doquier. De pie y en la puerta del foro, se halla Tomás. Todos los personajes se encuentran bajo el dominio de la impresión primera y terrible de una fatal noticia: la muerte, en Marruecos, del Ramón, hijo de los dueños de la casa. Las mujeres lloran, sin poder contener los impulsos del corazón dolorido. Los

hombres, más fuertes, ahogan el llanto en sus pechos, pero al rostro asoma la lucha titánica que libran sus almas.

Son las dos de la tarde de un día estival. Pausa larguísima y dolorosa que nadie se atreve a interrumpir.

ESCENA PRIMERA

La señora *Rosario, Pilar, María,* el señor *Esteban* y *Tomás.*

ROSARIO. ¡Hijo de mis entrañas! ¡Donde has ido a morir! ¡A ese Marruecos del demonio! Lejos de tu madre; de tu madre que tanto te quiso; de tu madre que tanto te quiere; de tu madre que supo criarte con todo el esmero del mundo y que había cifrado en tí las horas felices de su vejez próxima. ¡Ramón de mi alma: te fuíste para siempre dejando a estos viejos desamparados y con el corazón traspasado por fuertes y eternos dolores! ¡Ay! ¡Dios! ¡Dios! ¿Qué pecado hemos cometido para que así nos castigues?

ESTEBAN. Rosario: es inútil que nos atormentemos. En las horas solemnes de la muerte no caben protestas; no caben razones. La muerte iguala a todos. Nadie puede librarse de sus garras monstruosas. Hoy asestó su golpe sobre uno de los nuestros. Qué le hemos de hacer. Seamos fuertes. Ahoguemos nuestro llanto antes que las

lágrimas asomen a los ojos. Resignémonos.

ROSARIO. Pero es que es horrible, monstruoso. Morir allá; lejos de los suyos; bajo el peso de la metralla; sin tener a su lado una persona querida que recogiese el último aliento de su vida y unas manos cariñosas que cerrasen sus ojos. ¡Qué dolor tan terrible! *(Llora desconsoladamente.)*

PILAR. Madre; no llore más, por favor. Por usted, por padre, por todos. Contenga ese llanto. Hágase fuerte. Consolémonos. Ramón está en el cielo. Derramó su sangre en defensa de su patria. Murió como los santos.

MARÍA. Tiene razón Pilar. Ramón está en el cielo. No pudo Dios haberle colocado en otro sitio. El, tan bueno, tan respetuoso para con sus padres, tan cariñoso para todos. Sus sentimientos humanitarios y su gran corazón le conquistaron las simpatías de todas las gentes que llegaron a conocerle. No puede ser que esté en otro sitio, sino en el cielo, desde donde pedirá por sus padres afligidos, por su hermanita buena, por sus mejores amistades, sin olvidarme a mí, que bien lo necesito. No llore más, señora Rosario, que su hijo no ha muerto; su hijo voló al Paraíso de los justos y allí le encontrará, cuando Dios disponga de su vida. Allí podrá usted con-

templarle nuevamente; más bueno, si cabe, más cariñoso... Allí podrá usted estrecharle fuertemente sobre su corazón y depositar, en su cara, millares de besos dulcísimos. No llore más, señora Rosario, yo se lo suplico.

ROSARIO. Si es que no puedo, hijas mías, contener los impulsos de mi corazón, atrozmente dolorido. Si es que este dolor es de tal magnitud que es imposible hacerse fuerte, si es que un hijo es un trozo de la vida de la madre; tan necesario, tan preciso, que sin él no se puede vivir, si no es muriendo. Maldita guerra. Malditas luchas que destruyen los hogares más felices, para levantar en ellos guaridas al dolor. ¡Hijo! ¡Hijo de mi vida! Tu madre no podrá sobrevivir a esta desgracia... *(Otra vez el llanto impetuoso.)*

ESTERAN. ¡Rosario! ¿Quieres callarte ya? ¿No ves que estoy padeciendo horriblemente? ¿Que mis sienes saltan y las lágrimas se apretujan en mis ojos, pugnando por salir? ¿Crees, acaso, que no tengo corazón? ¿Que no siento como tú, la pérdida del ser querido? ¿Que no me echaría a llorar como una débil criatura, o que no saldría gritando por las calles para que me devolviesen al hijo que nos robaron para sacrificar inútilmente en esas tierras de Africa? ¿Crees, acaso, todo

ésto? No, ¿verdad? Pues, entonces, respeta mi dolor como yo respeto el tuyo. Sufre porque es natural que sufras, como yo, como todos; pero no aumentes nuestros sufrimientos con esas lágrimas que destrozan el alma.

ROSARIO. ¡Hijo de mi corazón!

PILAR. Por piedad, madrecita. Tiene razón el padre. Hágalo usted por él; por él solamente. ¿No ve cómo sufre? El, tan bueno siempre con todos, sufre más todavía que nosotras; porque él sufre por la pérdida del hijo que tanto quiso siempre, y a la vez, padece por lo que nosotras sufrimos. Sea buena con él como siempre lo ha sido. No lo martirice más.

ROSARIO. ¡Hija! ¡Hija mía! ¡Qué buena! ¡Qué buena eres! ¡Tú sola serás, desde hoy, el consuelo de estos viejos que ya para nada sirven! Ya no tienes hermano. Tu hermano, el hermano que tanto te quería, te ha dejado para siempre. *(Rosario y Pilar hacen esfuerzos sobrehumanos por contener el llanto que, al fin, dejan escapar.)*

MARÍA. ¡Vaya, señora Rosario! ¡Pilar! No se desesperen ustedes otra vez. *(A Pilar.)* ¿No decías a tu madre que era preciso hacerse fuertes? Comienza tú por serlo. Es preciso acabar esta escena desgarradora. Van a caer enfermas. Hagan caso del señor Es-

teban. Respeten su dolor, que él también es padre y sabe contenerse. Háganlo por él que bien lo merece el pobrecito. ¿No ven que está para echarse a llorar como un chiquillo?

ESTEBAN. Es inútil que te esfuerces, María. Las mujeres son así. Creen, sin duda, que sólo existe el dolor para ellas. No saben contenerse. No podrían tampoco contenerse. Son así. Débiles y sentimentales, por naturaleza. Ya tú lo sabes. Para todas vuestras penas, sólo hay un bálsamo: las lágrimas. El llanto las alivia; el llanto aminora, un poco, los tormentos del corazón femenino. Déjalas llorar, María, y llora tú también; llora con ellas, si querías al Ramón de verdad; con ese cariño que sabéis poner, en los hombres, las mujeres amorosas. Llorad todas, que bien lo necesitáis. Un hijo, un hermano y un novio querido bien merece unas lágrimas sinceras y abundantes. Llorad; llorad mucho, que yo también lloro, aunque el llanto no moje mis mejilllas. *(Las mujeres, ante las palabras del señor Esteban, no pueden contener el llanto. También él, de vez en cuando, se enjuga, con el pañuelo, alguna lágrima que, furtivamente, escapó de sus ojos. Tomás, criado de la casa, que ha presenciado la escena, desde la puerta del fondo,*

afligidísimo, se ha limpiado varias veces los ojos con la manga de la blusa.)

TOMÁS. ¡Señor! ¡Señor Esteban!

ESTEBAN. ¿Qué hay, Tomás?

TOMÁS. El señor Maestro y Luis Angulo que vienen p'acá.

ESTEBAN. Déjales pasar. No les entretengas. Don José; buen maestro; buen señor; cuánto quería a mi hijo. Cuánto le queremos, también, en esta casa...

TOMÁS. *(Al señor Esteban.)* Ya están aquí. *(A los que llegan.)* Pasen ustés. Ahí está mi amo. Ahí están tos.

ESCENA II

Dichos, Don José y *Luis Angulo*

D. JOSÉ. *(Saludando.)* Doña Rosario, Pilar. ¿Creen necesario que les diga a ustedes que siento la enorme desgracia que les aflige como cosa propia...?

ROSARIO. Don José. Querido don José. Ya ve lo que nos tenía el destino reservado. *(Llanto.)* *(Luis estrecha la mano a los familiares sin pronunciar una palabra.)*

D. JOSÉ. Esteban... Mi amigo don Esteban... Padre infortunado... Un abrazo que una nuestros dolores; porque también la noticia ha des-

trozado mi alma. No en balde he sido su educador desde que tuvo seis años; no en balde acerté a penetrar en su corazón, llegando a escudriñar hasta sus rincones más ocultos y sensibles; no en balde he sido también su padre; el padre que formó su espíritu honrado, trabajador y bueno. Llore usted, llore, desdichado don Esteban, que las lágrimas fortalecen.

LUIS. También yo estoy afligidísimo. Pobre Ramón. Pobre amigo de toda mi vida. Pobre hermano; hermano, sí; porque no pueden nunca dos hermanos estar tan unidos como siempre lo estuvimos nosotros. Pilar: tu hermano, nuestro hermano, se marchó para siempre, dejándonos solos en nuestras diversiones juveniles. María, un amor sincero que se fué; un amor como hay pocos en la tierra. ¿No es verdad?

MARÍA. Verdad, Luis, verdad. Le quise como nunca querré. Fué el primer amor de mi vida. Bien lo merecía. Era tan bueno conmigo, tan cariñoso, tan formal, tan apasionado... Cuánto le quería y cuánta adoración sentía por mí; porque su cariño, no era un cariño vulgar, de los que tanto abundan; era pasión loca, adoración, quizá un poco exagerada. Porque yo no merecí nunca tanto. ¿Quién soy yo? ¿Qué valgo yo para haber merecido ese amor gran-

dioso que por mí sentía? ¡Nadie! Yo no soy nadie, ni valgo nada tampoco. Su bondad hizo ver en mí, cualidades, perfecciones que nunca poseí. ¡Pobre Ramón de mi vida! *(Llanto.)*

D. José. ¿Y cuándo recibieron ustedes la noticia fatal?

Esteban. Esta mañana. Serían las doce. Ya ve, hace unos instantes. El correo nos trajo una carta de los jefes de Ramón. Nos la envió el alcalde. En ella nos dicen... no sé. No recuerdo sus conceptos. Solo recuerdo unas frases; pocas, muy pocas; pero las bastantes para sembrar el infortunio en un hogar esperanzado y un poquito dichoso y destrozar tres corazones que solo latían al unísono con el de nuestro pobrecito muerto. Ahí, sobre la mesa, está el mensaje que nunca olvidaremos. Puede enterarse. Pueden leerlo ustedes.

D. José. Me gustaría conocer los detalles... Con permiso. *(Toma la carta de sobre la mesa y se dispone a leer.)* Luis, amigo inseparable de Ramón, ¿tiene valor para ayudarme a leer este pliego que abrasa mi mano? Venga; venga un instante junto a mí. *(Leyendo en alta voz.)* Dirigida al Alcalde. «Tengo el honor y a la vez el sentimiento, de comunicar a usted, para que haga llegar esta noticia a los familiares del sar-

gento Ramón Sánchez de la Peña, que hace unos días, y en ocasión de salir con una compañía de su regimiento a conducir un convoy que debía abastecer de municiones y víveres uno de los parapetos de nuestras líneas avanzadas, nuestros soldados fueron tiroteados por un grupo numeroso de rebeldes, causando bajas numerosas. Los cabileños, se apoderaron del convoy, condujeron a su campo a los heridos y también a algunos muertos, con intención, sin duda, de hacer pagar el rescate espléndidamente. Un soldado pudo escapar, por milagro de Dios, y volver al campamento. Está hospitalizado. Tiene sus facultades un poco perturbadas. El narró lo sucedido, en un momento de lucidez, afirmando que el sargento Sánchez de la Peña, cayó junto a él moribundo, llamando a sus personas queridas y dando vivas a España. Después, enmudeció y quedóse inmóvil. El desgraciado entregó su alma a Dios, en defensa de su patria. Murió como un héroe.»

ROSARIO. *(Con un grito desgarrador)* ¡Hijo de mi alma!

PILAR. ¡Hermano querido! ¡Como nos has dejado! *(Llanto general en las mujeres.)*

LUIS. ¿Avisaron ustedes a la Iglesia?

ESTEBAN. Sí; ya mandamos al Tomás.

D. José. Africa. Pesadilla de España. Monstruo que devoras a legiones enteras de muchachos vigorosos, honrados y buenos. Sima sin fondo, ansiosa de vidas juveniles. Azote de madres amantísimas. Ladrona de amores puros. Acaparadora de brazos fuertes. Castigo impuesto a la noble España, por naciones extranjeras envidiosas de nuestro pasado glorioso. Africa, la rebelde, la indomable, la insumisa, ¡Maldita seas!
(Las campanas de la Iglesia tocan a muerto muy lentamente. El llanto se hace general. También los hombres lloran. Nueva pausa angustiosa. La voz de don José se alza al fin, pausada, velada por la emoción.)
Doña Rosario, don Esteban, Pilar... hagan un esfuerzo supremo. Escúchenme. No seamos egoístas, No queramos solamente aliviar nuestras penas, con el bálsamo purísimo de un llanto sincero, nacido de lo más profundo de nuestro corazón atormentado. Acordémonos de él. A los muertos no les bastan las lágrimas; los muertos necesitan algo más, algo que purifique sus almas; un ramillete de oraciones fervientes. Ofrendémoselo. Recemos todos por su eterno bienestar. *(Las mujeres se arrodillan y los hombres se ponen de pie.)* Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre...

Cae el telón lentamente

ACTO PRIMERO

La misma decoración del Prólogo. Son las nueve de la mañana de un día del mes de Julio.

ESCENA PRIMERA

Tomás, sentado en el primer término de la derecha, hace soga de esparto.

TOMÁS. Pus señor, cómo cambean los tiempos p'algunas presonas. No hace un año entavía, el mismo día que se supo la muerte de Ramón, en esta misma casa, la que fué su novia, juraba y perjuraba que jamás podría querer a otro hombre destinto d'él. La María es como toas las mujeres. Al prencipio, lloros, muchos lloros, que paece van a volverse locas de remate, y dimpués, a tender otra vez las redes, pa ver si pescan otro pez atontao, y si cae de los gordos muchismo mejor. Y esta vez sí que ha caío. Es buena pescaora la María. Pa mí que Luis ya la quería cuando era novia de Ramón; pero claro, nunca se atrevió a decirla una palabra por temor al redículo.

Ramón era mu hombre y María le quería de verdá; por lo menos así nos lo pareció siempre a tós. Tamién lloró Luis la muerte del amigo. Lloraba, y pué que al mesmo tiempo estuviera preparando sus amores y la boa. Lágrimas de cocodrilo. Cuánta hiproquesía, cuánta maldá hay en el mundo. Ella, loca d'amor entonces; él llamando hermano al muerto; pero claro está, ella diría: «A rey muerto, otro al puesto.» Han pasao unos meses, y del amor de María no ha quedao ná, y la amistá de Luis como si nunca hubiá existío. Se hicieron novios y hoy se casan. Las nueve son; a las diez es la boa. Cuatro bendiciones y ya puen ser el uno pa el otro, ante Dios y elante los hombres. ¿Qué importa que no se casen por amor, si la boa conviene a los intereses d'ellos? *(Pausa.)* Va un calor c'hace, y eso que es mu trempano entavía. Tendremos tormenta esta tarde, como tós los días... *(Pausa.)* Trebaje uno to el año en el campo, riegue uno la tierra con su suor, aguante uno los yelos del invierno y la chicharra del verano, y, en un momento, se forma una nube, primero blanca, dimpués negra, suena un trueno por encima de las majás, dimpués, salta un chispazo mu cerca, se oye otro trueno mu grande encima de nusotros, y cae un deluvio de granizo, con toa su juer-

za, y dobla las mieses y tira la fruta de los árboles y estropea los güertos, y destruye to el producto de nuestro trebajo penoso. Esto no lo hará Dios, porque Dios no pué hacer lo que no haríamos los hombres pecadores. Esto lo hace el dimonio con tós su ayudantes del infierno, pa castigar nuestros egoismos y nuestras ambiciones...

ESCENA II

Tomás y *María*, que entra por el foro.

MARÍA. ¿Estás filosofando, Tomás?

TOMÁS. Estoy haciendo soga; por c'hace falta mucha soga para vivir en paz en este mundo. *(Con intención en todas sus frases de esta escena.)*

MARÍA. ¿Y por qué dices eso?

TOMÁS. Por ná; porque como el mundo es una bola, según dicen las presonas leídas, y dá las vueltas tan aprisa, la vida corre masiáu, y hay que casarse pronto para no llegar a viejos solteros entavía. Y como se dá el caso de que yo no quiero casarme, por ahora, pus por eso haga la cuerda, pa que esos hombres que dicen que son sabios, aten al mundo como güenamente puedan,

y, a ver si caminando más despacio podemos vivir los probes sin prisa pa ná.

MARÍA. ¿Pero qué sarta de idioteces estás diciendo ahí?

TOMÁS. ¡Idioteces! ¡Sí, sí, idioteces! Tú tomaras por idioteces lo que estoy diciendo, pero yo sé muy bien lo que me digo.

MARÍA. Que vas a saber desgraciado. Si en tu vida has ido a escuela, si nunca has leído ni un libro ni un periódico...

TOMÁS. Ties razón, por eso seré como soy. Dichosa tú que sabes tanto. Si supiera mucho, sería como tós; hipróquita, ambicioso y egoista.

MARÍA. ¿Me quieres insultar? ¡Qué valiente estás hoy! La culpa la tengo yo, por hablar con quien no debo. *(Pausa.)* ¿Sabes si está en casa la señora Rosario?

TOMÁS. Creo que sí.

MARÍA. ¿Quiéres hacer el favor de decirle que salga, si puede, que tengo necesidad de hablarle unas palabras?

TOMÁS. Güeno. *(Vase por la izquierda hablando para sí.)*

ESCENA III

María, sola.

MARÍA. ¿Qué doble intención tenían las palabras del Tomás? ¿Hablaba por hablar única-

mente, o hablaba para mortificarme? ¿Habrán recibido mal en esta casa mi proyectado matrimonio con Luis, el amigo inseparable de Ramón? ¿Les habrá parecido quizá demasiado pronto? ¡Un año! ¡Un año de la muerte de aquel que tanto quise! Hoy le tengo presente como nunca le tuve desde que supe su desgracia. Parece que veo a todas horas y en todos los lugares, levantarse ante mí su figura arrogante, para pedirme cuentas de lo que la gente llama olvido inmerecido. No, Ramón. No te he olvidado; no podré olvidarte jamás. Me caso con Luis, porque es preciso; porque las circunstancias así lo han ordenado; porque mi madre, mi buena y santa madre, me lo rogó un día con lágrimas en los ojos, para evitar la más cruel de las miserias. *(Pausa.)*

ESCENA IV

María, Rosario y *Tomás,* por el lateral izquierda

ROSARIO. ¡María! ¿Tú por esta casa en el día de hoy?

MARÍA. Señora Rosario. *(Se abrazan.)*

TOMÁS. Mi ama. ¿Quiere que vaya a ese recao que me dijo endenantes, agora que no está usté sola?

ROSARIO. ¡Sí, Tomás! Pero vuelve en seguida, me fi-

guro que María estará poco tiempo aquí; tendrá mucha prisa; el amo salió al Ayuutamiento y ya sabes que no me gusta quedar aquí sola.

TOMÁS. No pase penas por eso que estaré aquí antes de un cuarto d'hora. *(Váse por el fondo.)*

ESCENA V

María y la señora *Rosario*

ROSARIO. ¡María! ¡Tú acabas de llorar! Tienes los ojos encendidos.

MARÍA. A qué negárselo. Sí, señora, he llorado. Apenas crucé el dintel de esa puerta, se apoderó de mí una congoja perfectamente explicable en un día como el de hoy. Yo, que desde la muerte de Ramón, he frecuentado esta casa, como usted sabe, teniendo siempre fortaleza para dominar mis no dormidos sentimientos, hoy me he visto indefensa, sin arma alguna para vencer mi emoción. Después, unas palabras del Tomás, no sé si suyas o recogidas en sitio alguno, hiciéronme fijar la vista en mi interior; y me creí mala y me pareció escuchar la voz de ustedes, la voz del pueblo todo, que me acusaba de falsa, de hipócrita, de haber jurado unos amores que nunca sen-

tí, de desagradecida, de mujer sin sentimientos y sin dignidad alguna; y mi corazón se comprimió fuertemente, y las lágrimas abundantes asomaron a mis ojos, y en mi garganta se apretujaban estas sinceras palabras: ¡Mentira! ¡Mentira! ¡Yo quise siempre al Ramón! ¡Yo le quiero todavía, pero soy muy desgraciada! ¡Muy desgraciada! *(Apoya la cabeza sobre uno de los hombros de la señora Rosario, y llora afligidísima, mientras ésta le acaricia los cabellos.)*

ROSARIO. *(Cariñosa.)* Vamos, no llores. ¿Y por qué has de llorar?... Aquello ya pasó... Hubieras sido mala muy mala, si viviendo Ramón le hubieses abandonado por otro hombre; pero así no haces más que lo que debes hacer. Al fin y a la postre te habías de casar. No ibas a sacrificar tu vida a un amor que la desgracia destrozó para siempre. No, María, no; haces lo que haría cualquier mujer en tu lugar. No eres la primera, ni tampoco serás la última, que al morir el hombre que más quiere, busca otro con quien casarse y hacer su vida un poco más llevadera. Con el tiempo se llega a querer a las personas que con una conviven. *(Se sientan.)*

MARÍA. Usted ya sabe porqué voy al matrimonio; usted ya conoce los motivos que me han

empujado a aceptar la oferta de Luis. Nunca había pensado que él podría ser algún día mi marido.

ROSARIO. Sin embargo, Luis siempre te quiso muy bien; siempre mostró por tí ciertas preferencias; Ramón lo sabía, pero tenía seguridad de que el amigo no habría nunca de interponerse en su camino de amores.

MARÍA. Eran dos excelentes compañeros, dos hermanos casi, y por ésto, sin duda, jamás me dijo una palabra, por la que Ramón pudiera disgustarse. No sé si me quiso alguna vez, pero si efectivamente me quiso, supo ocultar muy bien su amor, supo acallar perfectamente los gritos de su alma, supo refrenar los latidos de su corazón enamorado. Todo lo hizo por la amistad de Ramón, por el respeto a ustedes, y por el temor de entorpecer mis ilusiones.

ROSARIO. Hizo muy bien. Luis siempre fué un muchacho bonísimo. Ya lo ves. Estaba enamorado y resignado ocultó su pasión; ansiaba su felicidad y esperó pacientemente; muere Ramón y cuando ya no podía hacerle daño, cuando nosotros no podíamos afearle su acción, cuando tú ya no tenías ilusiones que pudiera malograr, llega a tí apasionado y antes que otro hombre pudiera hacerte suya y desgraciada, te ofrece su nombre, su casa, su fortuna... la elicidad,

porque seréis felices, ya verás. El te quiere, te quiere con toda su alma y ya es ésto mucho. Tú terminarás por amar a tu esposo como amaste a Ramón. Sí, María. Desecha tus temores y sonríe un poco al bienestar que está llegando a tu casa...

MARÍA. Señora Rosario, qué buena es usted. Cómo lleva tranquilidad a mi espíritu. Yo siempre creí que hacía mal, al casarme con Luis, cuando no hacía ni un año siquiera de la muerte de su hijo; pero al hacerlo no era por mi gusto, sino obligada por la necesidad. Como usted sabe, con la muerte de mi querido padre, se fueron los pocos dineros que en casa había. Para hacer frente a la vida, tuvimos que vender, mi madre y yo, el último trozo de tierra que nos quedaba; lo pagaron muy mal, aprovechándose el comprador de nuestros apuros económicos. Aquellas pesetas duraron poco tiempo, y tuve que intensificar mis trabajos de modista y bordadora si quería que, en nuestra casa, no faltase un poco de alimento. Un día...

RORARIO. Sigue. ¿Por qué te detienes?

MARÍA. Un día, me habló Luis de casarnos. No pude contestarle. Llegué a casa y conté a mi madre lo que Luis me propuso. Mi madre pensó un momento, y al fin me dijo: Hija mía, nuestra situación es, como ves,

muy desdichada. Yo soy muy vieja, no valgo nada; cualquier día se acuerda Dios de mí, y sin padres ni hermanos, te quedas en la tierra pobre y desamparada, y, entonces, verás lo que es mundo; todos se encontrarán con derecho para hacerte rodar por la vida dando traspiés peligrosos. Los hombres te perseguirán con fines malos; las mujeres chismosas clavarán en tu honra sus lenguas mordaces, y tú caminarás obligada por el sendero espinoso del vivir, destrozando tu alma y mortificando tu cuerpo delicado. Piénsalo bien, hija mía. No quiero todo ésto para tí, pero tampoco quiero que sacrifiques tus sentimientos, uniéndote a un hombre para siempre, si no has llegado a quererle todavía lo suficiente para hacer esa unión un poquito llevadera... ¡Pobre madre..! A los pocos días hablaba con Luis para decirle que ceptaba su oferta y que fijase la boda para el día que quisiese... y, ya ve, señora Rosario, hoy es el día fijado para su celebración. Deben ser las nueve y media; a las diez ha de ser la ceremonia.

ROSARIO. Pues anda; ve deprisa, no hagas esperar a la gente; saluda y felicita a Luis de nuestra parte.

MARÍA. Muchas gracias, en su nombre. Les haré esperar muy poco. Tengo tiempo suficien-

te. Estaremos muy solos; los padrinos, unos pocos amigos de Luis y cuatro de mis compañeras íntimas. No queremos hacer gasto por el luto de mi padre. Además, que Luis es poco amigo de esas cosas. *(Pausa.)* Señora Rosario, dígame, con toda la sinceridad que puso siempre en sus palabras, ¿cree usted, firmemente, que no hago mal a nadie con este matrimonio?

ROSARIO. ¡Qué chiquilla! ¿Y por qué habías de hacerlo? Anda, ve, y que seas muy feliz; de todo corazón te lo deseo. Sí, María, te deseo la misma felicidad que te desearía si el mismo puesto de Luis pudiera ocuparlo, en esa ceremonia, nuestro pobrecito hijo. Anda, marcha; que te estarán esperando. *(Emocionada.)*

MARÍA. ¡Cuánto siento que no esté el Sr. Esteban! Quisiera recibir su bendición, ya que no tengo padre...

ROSARIO. ¡Pobre María! Yo te bendigo, hija desventurada y cariñosa. Ven a mis brazos... *(Se abrazan).*

MARÍA. ¡Gracias! ¡Muchas gracias...! Y ahora, un esfuerzo; un esfuerzo supremo para aparentar alegría... Quede usted con Dios, señora Rosario. *(Sale.)*

ROSARIO. Que El te acompañe, hija mía, y que nunca te abandone.

ESCENA VI

Rosario y después *Tomás.*

ROSARIO. Pobre muchacha; tan buena, tan honrada, tan trabajadora y tan infortunada. Se ve, perfectamente, que no siente por Luis mas que un poco de simpatía extraordinaria, que no puede compararse con el verdadero amor. Va al matrimonio haciendo un sacrificio; lacerando su corazón; pero hace bien. El cariño por mi hijo, al fin, desaparecerá, y entonces comenzará a querer a su marido y a sentir la satisfacción, que ahora no siente, por haberse unido a él.

TOMÁS. *(Saliendo.)* ¿He tardao mucho, mi ama?

ROSARIO. No tanto como creí que tardarías.

TOMÁS. Me entretuve un poco en la plaza con los mozos y con algunas mujeres que esperan ver la boa. ¡Si usted supiea lo que dicen!

ROSARIO. ¿Qué dicen, Tomás?

TOMÁS. Pus dicen que María hace mu mal casándose con Luis, porque no lo quié ná. Que esta mañana, en la primera misa, cuando fué a confesarse la María, unas viejas la vieron llorando y suspirando mu juerte, arrodillá elante del Cristo del Perdón...

ROSARIO. ¡Pobre!

TOMÁS. Que dimpués, en su casa, la oyeron otra vez llorar, y que no debía casarse, porque

va a hacer mu desgraciao a ese hombre que tanto la quié. Eso dicen, y otras muchas cosas que yo no me creo.

ROSARIO. La gente es mal pensada y muy murmuradora. ¿Qué sabe la gente si se quieren o no? María le querrá cuando se casa con él; si no, no se casaría; porque nada le obliga a casarse.

TOMÁS. Eso digo yo; pero a veces se escuchan unas cosas que le hacen dudar a uno.

ESCENA VII

Dichos y el señor *Esteban* que viene de la calle

ESTEBAN. ¡Hola, Rosario! Tomás, ¿tienes preparado ya todo para los segadores? ¿Sabes que comienzan mañana los trabajos?

TOMÁS. Sí, señor; lo sabía y está tó dispuesto.

ESTEBAN. Pues entonces, si no tienes nada que hacer y quieres darte unas vueltas por la calle, puedes hacerlo. *(Sale Tomás por el foro.)*

ESCENA VIII

Esteban y Rosario

ROSARIO. ¿Vienes del Ayuntamiento?

ESTEBAN. Del Ayuntamiento vengo.

ROSARIO. Terminaste muy pronto la reunión.

ESTEBAN. No terminó todavía. Allí quedan discutiendo si conviene dar el censo al Barón de Vistahermosa o al Sr. Marín Socasa. No llegarán a entenderse; son ignorantes y tozudos.

ROSARIO. ¿Y por qué los dejaste?

ESTEBAN. Porque me cansaba de oirles. Unos sostienen que se debe apoyar al Barón de Vistahermosa, porque ofrece al pueblo 20.000 pesetas contantes y sonantes; otros que el censo completo lo merece el otro candidato, porque ha prometido hacer la carretera, traernos el telégrafo y reparar la iglesia. ¡Pobres infelices! Y lo que más me subleva de todo es que esos hombres que se llaman caciquillos y grandes contribuyentes de este pueblo, dispongan a su antojo, como si pudieran disponer del voto de los vecinos. ¿Quiénes son ellos para privar a las gentes de un derecho sacratísimo que la Ley electoral les concedió? ¿Quiénes son ellos para disponer a su capricho de la libertad de elegir que tienen los demás? No pude callarme. Quise hacerles comprender la gravedad y la ilegalidad de lo que trataban de acordar y me respondieron que yo era demasiado remirado; que yo no valía para vivir en un pueblo; que había que ser de otra forma...

En fin, cansado de oirles, allí les dejé. No quiero participar de ese abuso de la ignorancia del pueblo. Estas cosas me encienden la sangre.

ROSARIO. ¡Por Dios, Esteban! Es que tú tienes un genio...

ESTEBAN. No, Rosario, no tengo un genio. Tengo, únicamente, mucho amor a la justicia y a la legalidad. No me gusta avasallar a la gente ignorante; me gusta que cada uno, por humilde que sea, pueda gozar, hacer uso de los derechos que tiene como ciudadano de una nación organizada. Me gusta que toda elección sea sincera, fiel reflejo de la voluntad del pueblo soberano. No me gustan los abusos, las presiones, ni la compra de votos y, aquí, se pretende todo ésto. ¡Qué ignorantes! No comprenden que si el Barón de Vistahermosa adquiere el censo por esas 20.000 pesetas ofrecidas, una vez que se vea en el Congreso, jamás se acordará de este pueblo, si no es para fastidiarle. ¿No comprenden, que el señor Marín Socasa es muy poco, como cada uno de los diputados que forman la Cámara, para conseguir una carretera para este pueblo insignificante? ¿No comprenden que la carretera, sea uno u otro el diputado por este distrito, se construirá si conviene a los intereses de la comarca?

No lo comprenden, no; y no lo comprenden porque tienen mucho de egoísmo.

ROSARIO. Tienes razón. Hay aquí mucho egoísmo y demasiada ignorancia. Pero, ¿cómo remediarlo?

ESTEBAN. ¿Cómo? Haciendo tener a las gentes más amor a la cultura, más cariño a sus maestros, más respeto a las escuelas. ¿No es triste, verdaderamente triste, que después de haberse conseguido unas escuelas, que nunca, legalmente, este pueblo mereció, continúen los pequeños holgando por las calles, mientras las clases están desiertas? ¿No es triste que ese maestro que se llama don José, dispuesto siempre a arrancar a las gentes de este pueblo de las garras del analfabetismo en que se encuentra, haya conseguido a fuerza de muchos sinsabores y trabajos, reunir una biblioteca valiosa, de más de ochocientos volúmenes, exclusivamente para el pueblo, y que estos libros permanezcan olvidados en los estantes de un mueble cubriéndose de polvo? ¿No es triste que los hombres adultos, huyan como del demonio, de esas clases nocturnas que se dan en la escuela, y prefieran pasarse las veladas de los inviernos crudos en las tabernas y cafés, cuando no, alborotando por las calles, con canciones

deshonestas y juegos de salvajes? ¿No es triste todo ésto?

ROSARIO. ¡Y qué le has de hacer! Son así los pueblos.

ESTERAN. No, Rosario. Todos los pueblos no son así. Hay unos, ansiosos de luz, de verdad, de modernismo, de conocimientos útiles, de ideas nuevas... de civilización, en una palabra, y llenos de optimismo, acuden a la escuela, leen libros y periódicos, crean sociedades de cultura, tienen vivas aficiones por la música, por el teatro, por todas las bellas artes; practican los deportes... sienten viva necesidad de fortalecer su espíritu, sin descuidar su cuerpo... Son pueblos llenos de vida, sanos, robustos y trabajadores; honrados y libres. Hay otros, por el contrario, que no traspasan los límites reducidísimos del grupo de las casas en que viven; que quieren ignorar lo que pasa en el mundo, que sienten odio por todo lo que significa progreso: la escuela, la prensa, que creen hecha por espíritus satánicos; el libro, que consideran semillero de mentiras... Son insensibles a las artes bellas; no saben contemplar la belleza de un cuadro, ni percibir la de una página musical; no sienten emociones cuando escuchan una buena pieza dramática, son amantes de rutinas, de tradicio-

nes ridículas, de sus viejas, aunque censurables, costumbres. Miran con precaución a todo forastero que al pueblo llega bañado de cultura y modernismo; son ignorantes y no quieren salir de su ignorancia, y como la ignorancia es el medio adecuado al fanatismo, estos pueblos son fanáticos, pecadores sin saberlo; pecadores cuando han creído tener conquistado un puesto ya en el cielo.

ROSARIO. ¿Para qué te malhumoras tanto, si no vale la pena disgustarse por quién no sabrá nunca agradecerlo?

ESTEBAN. Es que los caciques incultos y opresores me subleban; la ignorancia erigida en autoridad, me enciende la sangre y las injusticias desatan mi lengua. Mi pueblo, nuestro pueblo, por desgracia pertenece a ese grupo de pueblos paralíticos, mejor dicho, de pueblos que caminan hacia atrás sin darse cuenta de que a nuestra espalda se halla el caos, o cuando menos el precipicio del penoso vivir y de la esclavitud vergonzosa. Y lo peor no es que así sea hoy, lo peor es que así será siempre. Hay pueblos predestinados, y éste es uno de ellos. *(Pausa.)* Tienes razón; no sé para qué me malhumoro y me preocupo por gentes que no saben comprenderme ni lo sabrán nunca. ¿Quieren vender todo el censo a un di-

putado? Que lo vendan. ¿Quieren vivir siempre en ese estado semisalvaje en que se encuentra? Que vivan, son muy dueños de hacerlo; pero que no se lamenten de atropellos, de arbitrariedades, de abusos de autoridad, de injusticias. Todo lo merecen. «Cada uno tiene aquello que se merece» dice una frase vulgar. No hay que protestar entonces. Conformidad, resignación, mucha paciencia y, como final, un Dios lo ha querido.

ROSARIO. ¿Ya has terminado?

ESTEBAN. ¡Sí! Ya he terminado y adivino lo que estarás diciendo. «Para que me contará todas esas cosas que maldito si a mí me interesan?» ¿No es eso? ¿A que has pensado eso? Pues hija mía te las he contado, porque tenía necesidad de decirlas, absoluta necesidad, si no las digo reviento. Y como en la reunión no las quise decir, porque aquella gente no discutía nada más que dinero, te las he dicho a tí que has sido la primer persona que encontré en mi camino. Si en vez de encontrar a mi mujer, me encuentro con el criado, él hubiese tenido que aguantar mi perorata, y al final hubiera dicha para sí: ¡Ay, Dios mío! Mi amo está loco, pero loco de remate, voy a buscar a gentes que lo encierren!... Ha sido una suerte no encontrarlo.

ESCENA IX

Dichos y *D. José,* por el foro.

D. José. ¿Quién hay por esta bendita casa?

Rosario. Pase; pase, don José.

Esteban. Hombre, señor Maestro. Cuánto tiempo sin verle. ¿Cómo se las arregla para, en un pueblo tan chico, no poderle echar la vista encima?

D. José. Le diré, don Esteban. No salgo de casa; no quiero salir de casa nada más que para ir a mi colegio. Es preciso, en estos días de propaganda electoral, estarse en casa metidito. No quiero saber nada. Se está así mejor; ignorante de los amaños políticos y al margen de campañas tan poco edificantes. La política no trae a los pueblos otra cosa si no es enemistades. Por un señor, apenas conocido, dan al traste con la amistad, aquellos hombres que siempre estuvieron unidos. La política siembra, en los pueblos, la cizaña de la discordia. Los maestros no podemos, no debemos mezclarnos en esas contiendas electorales. Nuestra profesión es un poco delicada. Los niños, para nosotros, deben ser todos iguales y, para conseguirlo, nada mejor que los padres también lo sean. Si nos mezclásemos en esas luchas políticas,

por fuerza habríamos de crearnos enemigos entre los padres de los niños escolares. Y ésto no debe ser. He aquí por qué me estoy encerrado en mi casita y en mi escuela, don Esteban.

ROSARIO. Hace usted bien. Si Esteban no se ocupase de esas cosas, mucho mejor estaría.

ESTEBAN. Pero mujer, si es preciso. Don José no es del pueblo, y puede muy bien hacer cuanto guste o cuanto deba; pero yo no estoy en ese caso. Yo soy de aquí. Aquí nacieron mis abuelos; aquí nacieron mis padres; aquí nací yo, y aquí tenemos nuestra vida, nuestra hacienda... Si los del pueblo no nos ocupásemos de elegir nuestros representantes en el Ayuntamiento, en la Diputación y en las Cortes, ¿quiénes habrían entonces de ocuparse?

D. JOSÉ. Sí. Ciertamente. Ustedes son los llamados, los obligados a solucionar esas cuestiones. Va en ello, muchas veces, la vida de los pueblos. La gente de fuera no tiene deber moral alguno de inmiscuirse en estas luchas, en que se burla a la justicia; en que los patronos abusan de lo que ellos creen inferior condición de sus obreros; en que el favoritismo triunfa... Por eso yo me aparté, hace unos días, de esas preocupaciones electorales de las personas significadas de este pueblo... y, como

en algo he de distraer mis pequeños ratos de ocio, ahora me intereso grandemente por todo lo que se relaciona con la guerra de Africa. Leo todos los días, en los periódicos, con marcada preferencia, cuanto sobre Marruecos se escribe. Por cierto que, no hace mucho, leí unas cosas muy curiosas...

ESTEBAN. ¿Cosas de la guerra y curiosas para usted? Qué extraño es don José.

D. JOSÉ. Nada de extraño. Como ustedes saben, siempre fuí enemigo de la guerra; y por ello me preocupo, a veces, de leer lo que de ella se dice, precisamente para conocer las atrocidades que en los campos de batalla se cometen. Ustedes recordarán perfectamente y por desgracia, que en el año pasado hubo algunas fechas en que los moros rebeldes atacaron a muchos convoyes, matando a numerosos soldados y haciendo prisioneros a la generalidad de ellos...

ROSARIO. Como no hemos de recordar. ¡Hijo de mi alma!

ESTEBAN. Son fechas que tendremos presentes toda la vida, D. José.

D. JOSÉ. Pues a lo que iba. Hace unos días, leí en uno de los periódicos madrileños que recibo, que se han presentado, en los distintos campamentos de la zona del protectorado, y especialmente en la parte de Melilla, algunos soldados, a los que, hace

algún tiempo, se les consideraba muertos. Estos soldados dijeron haber estado prisioneros en las más importantes cabilas de la zona. Hablaba después, el referido diario, de un numeroso grupo de soldados, entre los que figuraban tres cabos y un sargento que pudieron evadirse, con grandes dificultades, de un poblado moro, donde fueron llevados prisioneros después de haberles hecho varias bajas, cuando conducían un convoy. Seguía el periódico diciendo que, ese sargento, al que se creía muerto, realizó, hasta conseguir la fuga, verdaderas heroicidades, por lo que se cree le será concedida la Cruz laureada de San Fernando...

ESTEBAN. *(Con ansiedad.)* Y ese periódico ¿no daba nombres?

D. JOSÉ. ¡No! Pero decía que, muy pronto, podría publicar una relación detallada de los *muertos resucitados;* así mismo los llamaba.

ROSARIO. ¡Dios mío! *(Esperanzada.)* Si fuese posible... Pero no; sería demasiada fortuna para una madre atormentada...

D. JOSÉ. ¿Y por qué no podría suceder? Pensando en estas cosas me he acordado, muchas veces, de la carta que dirigieron al alcalde comunicando la muerte de Ramón. ¿Uste-

des no han caído, sin duda, en un detalle importantísimo?

ROSARIO. *(Rápida.)* ¿Qué detalle?

ESTEBAN. D. José; no nos haga concebir esperanzas imposibles; porque el desengaño, más tarde, sería excesivamente cruel.

D. JOSÉ. Imposibles, no. Recuerdo perfectamente que la noticia de la muerte de Ramón la dió un soldado que pudo escapar de la refriega aquella. Hagan memoria. Aquel soldado, del que se dijo estaba hospitalizado, por tener sus facultades perturbadas, afirmó que Ramón cayó junto a él, mortalmente herido; que le oyó cuando gritaba llamando a sus padres y dando vivas a España; que después no volvió a hablar y que se quedó inmovil en el suelo. Y yo me pregunto: ¿si aquel hombre hubiese llegado al campamento con su razón normal, podría haber asegurado la muerte del sargento Ramón? ¡No! ¡Indiscutiblemente, no! Habría podido afirmar que, junto a él, cayó herido, quizá sin conocimiento...; pero nada más. Don Esteban, doña Rosario, ¿no encuentran lógicas y fundamentadas mis razones? ¿No piensan, como yo, que Ramón puede vivir y que, quizá dentro de poco, pueda abrazar a sus padres que tanto le han llorado? ¿No piensan ésto?

ROSARIO. *(Muy esperanzada)* ¡Esteban! Don José!

ESTEBAN. Rosario. ¿Será posible que la felicidad vuelva a esta casa?

D. JOSÉ. Posible, don Esteban; muy posible. ¿Por qué no?

ROSARIO. Solamente al pensar que pudiera ser verdad tanta dicha, tiemblo como las hojas de los árboles. ¡Ramón! ¡Mi Ramón! ¿Has muerto? ¿Vives? *(Siente como un desvanecimiento.)* Esteban, sujétame. Mi frente arde. Se me nubla la vista. Siento gran necesidad de llorar; de llorar mucho. ¡Oh, qué horrible incertidumbre! ¡Qué duda más cruel! ¡Ramón! ¡Ramón de mi vida! *(Llora desconsoladamente y, al final, queda dominada por un profundo sopor.)*

D. JOSÉ. Don Esteban; usted es fuerte ¿verdad? Usted sabe dominarse... A usted puedo hablarle sin temor alguno...

ESTEBAN. Pero... ¿qué está usted diciendo?.,. ¿Qué quiere decirme?... Mi hijo...

D. JOSÉ. Su hijo...

ESTEBAN. Mi hijo ¿no murió...?

D. JOSÉ. Su hijo, vive...

ESTEBAN. ¿Vive?...

D. JOSÉ. Sí; vive... Abráceme... abráceme y llore... llore fuertemente... desahogue su pecho... llore don Esteban... padre dichoso... *(El señor Esteban se arroja en brazos de don José, llorando.)* ¡Dios mío! ¡Virgen santa!

¡Cómo gozaréis al contemplar la alegría de estos padres que tanto sufrieron! *(Larga pausa.)*

ROSARIO. *(Volviendo del sopor.)* ¡Ramón! ¡Ramón! ¡Esteban! ¡Es cierto! ¡Ramón vive! ¡Lo he visto en sueños! ¡Lo he abrazado! ¡Está vivo; vivo! ¡Gracias, madre de los cielos; gracias con toda mi alma! Sí, don José. Tenía usted razón. Mi hijo vive; vive para sus padres; vive para su maestro; vive para todos...

D. JOSÉ. Sí, doña Rosario. Su hijo vive, y dentro de muy poco, tendrá usted la dicha inefable de poderle abrazar. Esta mañana recibí una carta extraña. Venía de Africa. La letra no me pareció desconocida. Me acordé de Ramón. Temblaron mis manos; mi corazón aceleró su marcha... Esperé unos instantes. Me repuse y en seguida abrí el sobre y busqué precipitadamente en el pliego, la firma; decía, Ramón...

ROSARIO. Mi pobrecito hijo. Al fin con nosotros. Esteban; mi buen Esteban. Cuánta dicha; cuánta felicidad para unos viejos...

ESTEBAN. Estas noticias, estas alegrías, tan fuertes como inesperadas, comprimen mi corazón y atenazan mi lengua de tal forma, que quedo imposibilitado para pronunciar unas palabras...

D. JOSÉ. La carta está aquí.

ROSARIO. A ver, don José. Déjeme que la toque. Déjeme que pase mi vista por donde él pasó sus manos. Que la estruje contra mi pecho. Que la bese; que la bañe con mis lágrimas. *(Toma la carta. Leyendo la firma.)* ¡Ramón! ¡Mi Ramón! Esteban, toma lee. Tú eres más fuerte... Tú podrás decirme todo lo que dice, sin dejarte una palabra. Lee, Esteban, lee en seguida.

ESTEBAN. *(Toma la carta. Hay una pequeña pausa. Después de ella se limpia los ojos y lee emocionadísimo.)*

Querido e inolvídable maestro: Le suplico un momento de fortaleza para leer estas mis líneas. Acabo de enterarme que, mi Coronel, envió, hace un año, al alcalde de mi pueblo la noticia de mi muerte. Como vé, no me mataron todavía. Fuí herido y hecho prisionero nada más. No me atrevo a escribir a mis padres queridísisimos. Comprendo cuánto llorarían, cuántos dolores habrán padecido, al conocer mi muerte supuesta. Aquel golpe debió ser terrible; por eso escribo a usted, para evitarles otra segunda emoción, quizá más fuerte que la primera; emoción de alegría tan grandiosa, que podría ocasionarnos algún serio trastorno. Sé cuanto me quieren. Sé que por el hijo del alma, serían capaces de dar hasta sus vidas. Sé lo que

son y lo que valen esos dos seres que Dios me dió por padres. *(Emocionadísimo...)*

D. José. Traiga; traiga, don Esteban. Yo concluiré de leer lo que falta. *(Toma la carta.)* «Por eso escribo a usted; para que hable con mis padres y poco a poco les vaya comunicando tan fausta noticia. Confío en que usted sabrá interpretar mis deseos maravillosamente. Espero nos licenciarán uno de estos días, y cuando llegue a ese pueblo, luciré sobre mi pecho la laureada de San Fernando, que mañana o pasado me concederán. Un abrazo apretadísimo para mis padres y hermana y otro para usted, de su discípulo que jamás le olvidará y que verles a todos, vivamente desea. Ramón.» Padres venturosos. Den gracias al cielo...

Rosario. *(Los esposos se abrazan.)* Gracias, madre amantísima de las almas dolientes; muchas gracias.

Esteban. Jesús omnipotente. Tú que sabes lo que padecieron nuestros corazones, atormentados por el más cruel de los dolores y llegas hasta nosotros para aliviar, sonriente, nuestras penas, recibe el tributo de la adoración de nuestras almas, infinitamente agradecidas. Nos traes el sosiego, la paz, la ventura, la dicha, el bienestar, el gozo inefable... ¡Bendito...! ¡Bendito seas...!

Telón.

ACTO SEGUNDO

Una habitación sencilla, pero alegre, en casa de los padres de Ramón. Al fondo un hermoso balcón florido que permite ver la calle. Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA

Esteban leyendo un periódico. *Rosario* cepillando y quitando manchas a un traje de Ramón. *Pilar* pone flores en algunos cacharros y arregla la casa para recibir debidamente al hermano.

PILAR. Ea, ya están todas las flores colocadas.

ROSARIO. ¿Tuviste bastantes?

PILAR. Sí, claro, a la fuerza. No me han traído más. Pocas y feas. Qué desgracia de pueblos; no hay nada de nada en ellos. ¡Ay!, cómo me acuerdo de Madrid y de sus puestos de flores. Recuerdo perfectamente uno de la plaza de Antón Martín...

ROSARIO. ¿De quién?

PILAR. De Antón Martín. Es una plaza que hay al principio de la calle de Atocha; donde está el Monumental Cinema. Una plaza que no parece plaza. Allí hay un kiosco, donde se venden las flores más hermosas

de Madrid. En Recoletos también hay varios puestos y en muchos otros sitios. En el tiempo que he estado, casi todas las mañanas salía a comprar algunas flores; claveles con preferencia. A la tía, le gustan muchísimo. Y qué claveles... rojos, reventones... hermosísimos... ¡Ay, Madrid! Qué encanto de ciudad. Quién pudiera vivir en ella siempre...

ESTEBAN. Chica, chica; pues no le has tomado poco cariño a la capital de España. ¿Serías capaz de abandonar tu pueblo para irte a vivir a Madrid?

PILAR. ¿Pero lo dudas, padre? Pues no me había de marchar. Mañana mismo.

ESTEBAN. ¿Y dejarías también a tu familia?

PILAR. Eso no. Me iría con vosotros. Nos iríamos todos, todos, y tomaríamos un piso en uno de los barrios más alegres. Veríais qué vida.

ROSARIO. Todas las muchachas de los pueblos sois lo mismo. No se os puede dejar salir a ningún sitio. En seguida tomáis cariño a todas las cosas. Ya ves; has estado en Madrid un mes escaso, y ya dejarías a este pueblo donde naciste y has vivido siempre para marcharte allá. ¡Qué más quisieras! Madrid es la perdición de muchas muchachas. Hay mucho vicio. Es muy peligroso aquello para la juventud.

PILAR. Qué paseos, qué teatros, qué calles, qué comercios, que edificios, que movimiento por todas partes, qué alegría... Cuando llegué aquí me pareció que llegaba a un poblacho abandonado por las gentes, y me entró una tristeza... Si no hubiera sido porque aquí estábais vosotros, y porque aquí ha de llegar nuestro Ramón, me huviera vuelto a Madrid sin apearme del coche.

ROSARIO. Hija, por Dios. ¡Qué barbaridad...!

PILAR. Como usted madre no conoce aquello, le extraña que así hable.

ROSARIO. No lo he de conocer. Claro que hace mucho tiempo. Cuando me casé con tu padre. Veintiséis años. Parece que fué ayer. En Madrid pasamos nuestra luna de miel. Esteban ¿no recuerdas como se llama aquel hotel tan bueno donde estuvimos?

ESTEBAN. Del Peine. El hotel del Peine.

PILAR. Padre, ¡por Dios! Eso no es un hotel.

ROSARIO. ¿Pues qué es entonces?

PILAR. Una posada barata, donde va mucha gente de los pueblos.

ESTEBAN. ¡Ah! Luego en Madrid la gente de los pueblos va solamente a las posadas.

PILAR. No me quieres entender. Quise decir que allí van los viajeros humildes, los que no pueden gastarse mucho.

ESTEBAN. Sí, sí. Entendido. *(Pausa.)*

ROSARIO. Todavía no nos has dicho la alegría que llevasteis al recibir la noticia.

PILAR. Ya se la pueden figurar. Estábamos en casa muy solitas la tía y yo. El tío en la oficina. Y al leer la carta nos quedamos como tontas sin saber qué decir. Fué tan grande la emoción, que no acertamos a pronunciar una palabra. Nos abrazamos fuertemente y nos pusimos a llorar de alegría. Después llegó el tío y al enterarle de la novedad repetimos otra vez la misma escena. Cuánta alegría. Yo estuve como loca. No sabía estarme quieta. Los tíos sintieron mucho no poder venir al pueblo para recibir a Ramón con nosotros, pero claro no podía abandonar la oficina. Antes que nosotros le verán ellos, porque le esperarán en la estación a su llegada a Madrid.

ESCENA II

Dichos, *Tomás* y a poco el *Tío Antonio*

TOMÁS. Mi amo. Abajo está el Alcalde que quié ver a ustés.

ESTEBAN. Dile que suba. (*Sale Tomás.*)

ROSARIO. Parece un sueño. Qué alegría más grande. Dentro de unos momentos tendremos a Ramón a nuestro lado y para siempre.

ESTEBAN. Sí, Rosario. Alegría grandiosa. Le creíamos perdido y Dios nos lo vuelve a traer.

T. ANTONIO. (*Desde la puerta de la izquierda.*) ¿Se pué pasar, señor Esteban?

ESTEBAN. Adelante, tío Antonio, adelante.

T. ANTONIO. ¿Que tal, señá Rosario?

ROSARIO. Bien; muy bien, señor Alcalde.

T. ANTONIO. Hola, Pilar. ¿Cómo te fué por tus madriles?

PILAR. Divinamente. Allí no puede ir mal a nadie.

T. ANTONIO. ¿Que nó? Yo conozco a mucha gente que no habla muy bien de aquello. Dicen que por todas las calles anda suelto el dimonio.

PILAR. La gente que exagera...

T. ANTONIO. ¿Con que hoy llega Ramón?

ROSARIO. Eso nos dice en su última carta.

T. ANTONIO. Anoche me avisó el maestro. Quié que el pueblo reciba al muchacho como él se merece; como se merece un soldao que tié la lureada, y a mí me paece mu bien. Aquí estoy dispuesto p'hacer cuanto me digan. Tó se lo merece el mozo. Señor Esteban, cuántas ganas tendrá usté de que llegue ese momento de darle unos abrazos...

ESTEBAN. No lo sabe usted muy bien. Recibimos la noticia grandiosa y nos pareció mentira; nos dice que llega hoy, y nos parece mentira; le tendremos en nuestros brazos y nos ha de parecer mentira...

T. ANTONIO. Pus ná es mentira. Verdá y mucha verdá. Voy, pues, a decirle al aguacil que avise a tó el Ayuntamiento pa que estén en la plaza a la llegá del atomóvil...

ROSARIO. Vaya, vaya con Dios, tío Antonio. (*Sale el alcalde por la izquierda.*)

ESCENA III

Rosario, Pilar, Esteban y *D. José.*

ROSARIO. Pilar, ¿terminaste de arreglar la habitación de tu hermano?

PILAR. Sí, señora. Todo está ya dispuesto.

ROSARIO. Pues entonces, ve poniendo las pastas y los vinos aquí en esta mesa, que ya falta muy poco para llegar el coche. (*Sale Pilar por la derecha y vuelve, a poco, con bandejas, botellas, copas, etc. Todo lo coloca sobre la mesa y vuelve a marchar por el mismo sitio.*)

ESTEBAN. Rosario, ¿te encuentras con fuerzas suficientes para recibir al hijo? ¿No te engaña el corazón...?

ROSARIO. Creo que estoy fuerte, Esteban. Ya me fuí acostumbrando a la idea de verle entrar por esa puerta. Tendré serenidad. Yo creo que sí...

D. JOSÉ. (*Dentro.*) ¿Dónde están esos padres venturosos?

ROSARIO. *(Saliendo a recibirle.)* D. José...

ESTEBAN. Amigo querido.

D. JOSÉ. Qué, ¿estamos ya preparados? Faltan unos minutos solamente. Todo lo dejé ya dispuesto. En la plaza esperaremos al auto el alcalde, el secretario, el señor cura, todos los concejales que puedan acudir y un servidor de ustedes. Sería conveniente, D. Esteban, que usted estuviese allí presente con nosotros, para que sea el suyo el primer abrazo que reciba. Esto si se considera con fortaleza suficiente, si no, más vale que le espere aquí, con las mujeres. Tengo preparada también una pequeña orquesta de guitarras y bandurrias, que ejecutará un pasodoble a la llegada del coche. En la plaza le daremos las bienvenidas de rigor, y desde allí, toda la comitiva, traerá al héroe para arrojarlo en los brazos de su madre.

ROSARIO. D. José...

D. JOSÉ. Sí; en los brazos de su madre, para que lo estreche fuertemente; para que le colme de besos. Todo el pueblo está rebosando de alegría. No es extraño. Fué siempre un excelente muchacho y hoy es el hijo ilustre de este lugar; su primer hijo ilustre. La cruz laureada de San Fernando. Ahí es nada. Un héroe en este pueblo; porque Ramón es un héroe. Bien pueden feste-

jarle; bien pueden recibirle como se debe recibir a los altos personajes...

ESTEBAN. ¿Cómo le pagaremos cuanto hace por nosotros?

D. JOSÉ. ¿Pagarme? ¡Quién piensa en eso! Con la satisfacción que estas cosas me producen me considero excesivamente pagado. Mi alegría es muy grande; tan grande, estaría por decir, como la que ustedes sienten. No podría estarme quieto. No sería bastante el que saliese su maestro a recibirle. Es preciso que salga todo el pueblo, absolutamente todo. Que se haga fiesta en el lugar; que goce todo el mundo con la vuelta de Ramón.

ROSARIO. Todo el mundo no podrá gozar, don José. Hay una persona, mejor dicho, dos personas que no podrán gozar.

D. JOSÉ. Ya sé a quienes se refiere... María...

ROSARIO. María y Luis, su esposo. No podrán alegrarse de que Ramón haya vuelto. Ramón será el obstáculo más grande que podrá levantarse entre los dos. María le quiso siempre mucho; mi hijo también la quiso a ella. Es preciso ocultarle la verdad todo el tiempo que nos sea posible, porque, seguramente, ignora todavía la celebración de la boda de su novia querida con el amigo de su infancia... *(Pausa.)*

D. JOSÉ. Conque qué, ¿se decide, don Esteban, a recibir a su hijo con nosotros en la plaza?

ESTEBAN. Decidido, desde luego.

D. JOSÉ. *(Consultando al reloj de bolsillo.)* Pues es casi la hora. Faltan solamente unos minutos.

ESTEBAN. Cuando usted quiera podemos marchar.

D. JOSÉ. Andando entonces.

ESTEBAN. Rosario, valor y un poco de paciencia para esperar unos instantes. *(Le besa en la frente y sale acompañado de don José por la puerta de la izquierda.)*

ESCENA IV

Rosario, y a poco *María* y *Pilar*

ROSARIO. Dios mío, Cuanta bondad hay en Tí. No me abandones en estos instantes venturosos. Dame valor, fortaleza, energías, muchas energías, para resistir la fuerte emoción que me espera. Ramón, vivo y en los brazos de su madre; en los brazos de su madre para siempre. ¡Oh, Virgen María, cuánta felicidad nos concediste!

PILAR. *(Entrando por la puerta de la izquierda, con María.)* Cuánta gente hay en la plaza. Está casi todo el pueblo. Dicen que ya han visto el coche al comienzo de la cuesta

grande. Unos minutos solamente y ya le tendremos en la plaza.

MARÍA. *(Desde la puerta.)* Señora Rosario...

ROSARIO. ¡María! Mujer infortunada: ven a mis brazos. *(Lo hace.)*

MARÍA. *(Llorando.)* ¡Qué desgraciada soy!

ROSARIO. *(Cariñosa.)* La fatalidad se cebó en tu persona. Quisiste a Ramón con locura, y cuando esperabas su vuelta para casarte con él, te dicen que murió. Sin esperanzas entonces, y por no encontrarte, algún día, en el mundo completamente sola, te casas con Luis, y cuando ya no hay remedio, te dicen que el hombre a quien quisiste con el alma toda, vive, y viene a este pueblo a destrozar tu corazón. Demasiada desdicha para una débil criatura como tú.

MARÍA. Señora Rosario... *(Llora desconsoladamente.)*

ROSARIO. Llora; llora cuanto quieras un momento y sé fuerte después. Es preciso que lo seas; al menos cuando él venga, y mientras quede gente de fuera en esta casa. No digas, nada a Ramón. Oculta la verdad unos instantes. También él te quiso con locura y es posible que te quiera todavía. No destroces su corazón cuando apenas ha llegado. Hazlo por mí; hazlo por él y por toda esta familia... Sé buena; sé obediente, como siempre lo fuiste...

PILAR. *(En el balcón.)* Ya llegó el coche a la plaza. *(Se oyen vítores, música y aclamaciones.)* La gente aplaude con entusiasmo. Baja un soldado. ¡Ramón! Lleva un brazo herido... (*Muy despacio.*).

ROSARIO. ¡Hijo mío!

PILAR. El padre le abraza... Ahora le estrecha don Jose... Luis... el alcalde... también el señor cura. Toda la gente le saluda... Ya vienen para acá...

ROSARIO. ¡Dios mío! ¡Virgen María! No me abandonéis... No te separes de mi lado. (*A María.*) Pilar... tú tampoco... no te vayas muy lejos... sujetadme... temo desfallecer... (*La música está cerca*).

PILAR. Ya entraron en casa... Ya suben...: Ya están aquí...

ESCENA V

Rosario, María, Pilar, Esteban, Don José, Ramón, Luis, el tío *Antonio* y *Don Fernando.* Por la izquierda pasan todos. *Tomás* el primero con una maleta; después, *Don José,* el tío *Antonio, Luis Angulo, Ramón* y el señor *Esteban. Ramón* vestido de sargento de Infantería, traje de diario. Sobre el pecho ostenta la Cruz de San Fernando. El brazo derecho, herido, lo apoya en un pañuelo a modo de cabestrillo.

D. JOSÉ. Valor; *(a Rosario)* mucho valor.

RAMÓN. *(Desde la puerta.)* ¡Madre! ¡Madre mía!

ROSARIO. ¡Hijo de mi alma! *(Madre e hijo se abrazan fuertemente.)* Ramón... Hijo mío... Mi muerto querido... Es verdad... ¿Es verdad que te tengo entre mis brazos?... ¿No es un sueño? No... Es cierto... Eres Ramón... Mi Ramón... En mis brazos para siempre... ¿Pero estás herido?...

RAMÓN. No es nada, madre... madre querida... Pero deja que te mire. Has sufrido mucho, ¿no es verdad?... Te dijeron que había muerto... que había muerto el hijo de tus entrañas a quien tanto quisiste... a quien tanto quieres hoy... Ya ves; Dios no quiso que muriese y aquí estoy; aquí, para endulzar vuestra vejez. Bastante habéis sufrido ya por culpa mía. Ahoia a reir; a reir siempre; a ser felices mientras vivamos...

PILAR. Ramón... ¿ya te olvidaste de tu hermana?...

RAMÓN. *(Se abrazan.)* ¿Olvidarme? Nunca os olvidé. Siempre os tuve delante; en mis horas felices y en mis momentos de infortunio... En la tienda de campaña, mientras estaba descansando, y en los campos de batalla, cuando la metralla segaba la vida de algunos combatientes, nunca os olvidé; ¿cómo no iba a acordarme, en estos momentos, de mi hermanita, de la que tanto yo quiero?... *(Reparando en María.)* María, ¿no me dices tú nada? ¿No me tiendes la mano tan siquiera? ¿Tanto has cambiado

en tres años que ha durado mi ausencia?...

MARÍA. *(Con la vista puesta en el suelo, le tiende la mano.)* Ramón...

RAMÓN. También tuve siempre presente tu recuerdo. ¿Cómo iba a olvidarme de mi novia? ¿De la mujer que más quise siempre? ¿De la que más quiero todavía? Alza la vista mujer. Mírame un poco. *(María levanta la vista, mira a Ramón y unas lágrimas aparecen en sus ojos.)* Así. Estás hermosa; hermosa como nunca lo estuviste. Qué feliz soy... Todavía me quieres, ¿verdad? Me lo están diciendo esas lágrimas que aparecen en tus ojos...

ROSARIO. Pobre hijo mío.

D. JOSÉ. Desgraciado muchacho. *(Pausa.)*

D. FERNDO. Señores: el pueblo espera debajo de este balcón. Será preciso que alguien le dirija la palabra, para que pueda disolverse esa manifestación; manifestación de cariño puro, de cariño sincero, hacia su hijo más ilustre; hacia el héroe Ramón, orgullo de sus padres y honra de este poblado, que nunca tuvo la dicha de contar, entre los suyos, una personalidad notable...

(Se oyen los acordes de un paso doble. El señor alcalde abre el balcón para hablar al pueblo).

UNA VOZ. !Viva el alcalde!

VOCES. ¡Viva! *(Cesa la música.)*

T. ANTONIO. Querido pueblo. Tos estáis contentos como nosotros estamos. Y estáis contentos porque ha venío Ramón; ese muchacho tan güeno que nos dijeron que habían matao en esa maldita guerra. *(El secretario, don Fernando, que está colocado en el balcón junto al alcalde, le tira fuertemende la capa.)*

PUEBLO. ¡Bravo!

T. ANTONIO. *(Al secretario.)* ¿Qué quié usté?

D. FERNDO. No diga esas cosas. Sea comedido en el hablar.

T. ANTONIO. *(Al pueblo.)* ¿He dicho maldita?

PUEBLO. Sí, sí!...

T. ANTONIO. Güeno, pus quitar eso de maldita. Quise hicir comedida...

PUEBLO. ¡Bien! ¡Bien!

D. FERNDO. Pero qué brutos...

T. ANTONIO. Ya sabís que Ramón nos trae una lureada, que se la ganó matando muchos moros.

PUEBLO. ¡Viva Ramón! ¡Viva!

T. ANTONIO. Y como no quiero cansaros más, me marcho, pero contestar tós: ¡Viva nuestro hijo más elustre!

PUEBLO, ¡Viva!

UNA VOZ Que salga Ramón.

PUEBLO. Que salga el héroe...

ESTEBAN. Sal hijo. El pueblo te pide.

ROSARIO. Todos quieren verte. Sal, Ramon. *(Ramón*

se asoma al balcón y estalla una ovación formidable.)

RAMÓN. Queridos paisanos; estimados amigos: Después de tres años de ausencia, experimenté hace unos instantes, al llegar a este pueblo que es mío, que es de todos nosotros, una alegría insuperable. Todos estábais congregados para recibir al que vosotros habéis llamado héroe. Todos me aclamasteis y seguís aclamándome. Y a mí se me ocurre preguntar; ¿quién soy yo? ¿Qué hice yo para que las gentes de mi pueblo me reciban así? Nada. Yo no soy nadie. Un pobre soldado que, como todos, supo cumplir con su deber allá en tierras africanas y que vertió un poco de su sangre en defensa de nuestra España querida. Así, pues, todo lo que habéis hecho, todo lo que hacéis por mí en estos instantes, que jamás se borrarán de mi memoria, es totalmente inmerecido. Sin embargo, yo os lo agradezco; os lo agradezco con toda mi alma en mi nombre y en el de estos pobrecitos viejos que son mis padres, y que en estos momentos, no saben si ríen o si lloran de alegría. ¡Viva nuestro pueblo! ¡Viva España! (*El pueblo contesta a los vivas, aplaude después y suena la música que se va alejando poco a poco con toda la gente. Los padres le abrazan conmovidos. don*

José también lo estrecha entre sus brazos.)

D. José. Señor alcalde; señor secretario; si les parece, dejaremos a esta feliz familia que tendrá muchas cosas agradables que contarse... Ramón; ya sabes cuanto te quise siempre y cuánto te quiero todavía. Para qué voy a decirte nada más. *(Le da la mano)* Adiós... Hasta luego... Doña Rosario, don Esteban, Pilar... Queden todos con Dios.

Esteban. Adiós, don José.

Rosario. Vaya con Dios, señor maestro.

T. Antonio. Ea, pus con Dios. Ramón, que seas mu bien venido...

D. Ferndo. *(Despidiéndose.)*—Sargento Ramón; don Fernando del Pinar, secretario de este ilustre Ayuntamiento y servidor incondicional de usted...

Ramón. Mándeme cuanto guste. Señores; quedo a todos agradecidísimo. Han sido ustedes excesivamente buenos para conmigo. No merezco yo tanto. Vayan con Dios. *(Salen por la izquierda Don José, Don Fernando y el Tío Antonio, acompañados de Tomás.)*

ESCENA VI

Rosario, María, Pilar, Esteban, Ramón y *Luis.*

Ramón. Bueno, Luis, dí alguna cosa; que apenas si

me has hablado dos palabras desde que llegué.

LUIS. ¿Y qué quieres que te diga?

RAMÓN. *(Jovial.)* ¿Cómo andas de amores? ¿Sigues tan distanciado como siempre de las mujeres? ¿Te decidiste ya por alguna muchacha?.. *(Pausa.)* ¿No quieres responderme? Buen síntoma. Eso me indica que estás enamorado y que quieres conservar el secreto.

LUIS. No, Ramón. No es un secreto. Todo el mundo conoce mi cariño.

RAMÓN. ¿Todo el mundo?... *(A sus padres y hermana.)* ¿Vosotros también?.. ¿También tú, María? ¿Conoces a la novia de Luis?... *(María asiente con la cabeza.)* Y dime, Luis, ¿es alguna de este pueblo?

LUIS. De este pueblo.

RAMÓN. ¿Rica, por su puesto?

LUIS. No es rica.

RAMÓN. ¿Pero será buena, guapa, inteligente...?

LUIS. Todo eso, lo es mucho.

RAMÓN. ¿Y se llama?

LUIS. María.

RAMÓN. ¿María? ¡Qué coincidencia! ¿Como mi novia? ¿Como tú?

MARÍA. Como yo.

RAMÓN. ¿Y te quiere tu María tanto como ésta a mí?

LUIS. Me parece que no.

RAMÓN. ¿Dudas de su cariño?

LUIS. Siempre dudé, pero hoy más que nunca...

RAMÓN. Y ¿para cuándo tenéis preparadas vuestras bodas?

LUIS. Nuestras bodas se celebraron ya, por desgracia.

MARÍA. *(Sin poderse contener.)* ¡Luis..!

RAMÓN. ¿Te casaste..? Pues nada me habían dicho. ¿Y acabas de decir que por «desgracia»? No acabo de comprenderte. ¿Tan infeliz te ha hecho tu mujer?

LUIS. Es muy fácil comprenderme. Me casé, no hace mucho, un mes escaso, con una muchacha de la que siempre estuve locamente enamorado. Jamás ella lo supo por mi boca. Yo guardaba el secreto, torturando mi corazón, porque aquella mujer tenía su novio, al que amaba ciegamente. Aquel hombre marchó; marchó muy lejos, y cuando aquí se supo que jamás volvería, confié mi secreto a esa mujer y la pedí por esposa, aun a sabiendas de que no me quería, pero con la confianza de merecer algún día su cariño... Ya no espero nada... Soy muy desgraciado, Ramón. Esa mujer no me querrá nunca... He sido un juguete del destino. Se ha burlado de mí constantemente y todavía sigue haciéndome objeto de sus burlas crueles...

MARÍA. *(Aparte.)* ¡Dios mío, qué horrible padecer!

(Alto.) Ustedes sabrán perdonarme... No me encuentro muy bien... Quizá las emociones de esta tarde... Con el permiso de ustedes me voy a retirar.. Señora Rosario... *(Aparte a Rosario.)* Dios les proteja y que a mí no me olvide... Ramón, hasta mañana. Hasta mañana a todos... ¿Te quedas, Luis?

LUIS. No; voy contigo... Ramón; sé fuerte... sé hombre... cuando sepas la triste verdad, no te desesperes... no culpes a nadie... fué la fatalidad, solamente, que clavó en nuestros pechos sus zarpas de acero, hasta hacer desangrar los corazones... Hasta mañana...

ESTEBAN. Buenas tardes, Luis.

(Salen María y Luis, por la izquierda.)

ESCENA VII

Rosario, Pilar, Esteban y *Ramón.*

RAMÓN. *(Repitiendo las palabras de Luis.)* «Cuando sepas la triste verdad, no te desesperes.» «No culpes a nadie... Fué la fatalidad... la fatalidad solamente, la que clavando sus zarpas de acero en nuestros pechos, destrozó los corazones...» ¿Qué significa todo ésto?... ¿Qué misterio encierran las palabras del amigo?... ¿Qué tengo

yo que ver con que su mujer le haya hecho un desgraciado?...

ESTEBAN. Tienes que ver, Ramón; tienes que ver.

RAMÓN. Pero, padre...

ESTEBAN. No comprendes todavía. ¿Será preciso explicártelo bien, como si fueses un chiquillo?...

RAMÓN. ¿Comprender?... ¡Ah! ¡Sí! Comprendo claramente. Comprendo. Ese silencio que guardó Luis, hasta que le hice hablar; esa tristeza de María; aquéllas lágrimas que brotaron de sus ojos; la coincidencia de nombres; el novio que marchó muy lejos y al que esperaban no volver a ver más; el viejo cariño de él y el desamor de ella... ¡Sí!... ¡Todo... todo... ahora lo veo clarísimo... Pero, ¿ésto puede ser?... ¿Pudo haber sido?... Hablen ustedes, por Dios... Digan que no pudo ser... Díganlo... Porque si no, saldré por las calles gritando: ¡A ese! ¡Al ladrón que me robó cobardemente lo que era mi vida! ¡A ese! ¡Al mal amigo! ¡Al canalla que supo aprovecharse de mi ausencia, para destrozar mis ilusiones más puras! ¡A ese! ¡Al traidor que me ha arrebatado para siempre lo que más quería en el mundo!...

ROSARIO. Ramón; hijo mío. No te desesperes. Ya lo oíste de Luis. «No culpes a nadie.» «Fué la fatalidad»...

RAMÓN. ¿Luego, es cierto?... Luis casado con María... con mi María. Con la mujer de mis ilusiones y de mis esperanzas... Con la novia de toda mi vida... Pero ésto es horrible...

ESTEBAN. Horrible, sí, pero irremediable. Procura arrancar de tu alma esa pasión ya imposible si estimas tu vida, si deseas tranquilidad a tu espíritu, si te quieres a tí mismo, si quieres un poquito todavía a estos viejos que quisieran para tí la felicidad toda del mundo.

RAMÓN. ¡Padre mío, qué desgraciado soy! En un momento solamente, se ha truncado mi vida... Luis, el amigo de la infancia, erigido en verdugo de mi existencia... y ella; ella, la mujer que siempre me juró amor sin mácula, amor eterno, se burló de mi cariño... La hipócrita... La embustera... La muy falsa... La...

ROSARIO. Calla, Ramón. Por Dios, calla ya. No culpes a María, no culpes a Luis tampoco. En este momento disolverían muy gustosos los dos el matrimonio, si en sus manos estuviese, para que tú fueses feliz. Si ya lo oíste. Si Luis es un hombre desgraciado; si María no le quiere; si ella se casó empujada por las circunstancias y después de perder la esperanza de que algún día pudiera ser tu esposa...

RAMÓN. Sí, madre, sí. Lo comprendo todo... Ella enamorada de mí, esperando mi vuelta... Un día la noticia de mi muerte... Sus ilusiones destrozadas... Un amigo que la quiso siempre y que le ofrece llevarla al altar para hacerla su mujer... Un hogar humilde donde impera la miseria... Un porvenir incierto... María sola, pobre y hermosa; infaliblemente desgraciada... Si lo comprendo todo, todo... Pero dejad a mi dolor que pronuncie sus quejas, aunque sean injustas. Dejad que busque un consuelo aunque sea pequeño, para mi corazón fuertemente atormentado...

PILAR. Ramón, hermano querido, ¿no ves a los padres padeciendo horriblemente? Hoy que debía ser el día más feliz de nuestra vida por haber vuelto a casa el hijo, el hermano que creíamos perdido para siempre... Sé fuerte, Ramón; ahoga tus penas, sujeta tu corazón, olvida todo, todo, y ríe, ríe mucho, con nuestros padres, conmigo, con estas personas que tanto te quieren, que tanto sufrieron y que tan necesitadas están de tus sonrisas...

ROSARIO. Sí, hijo mío, tiene razón tu hermana. Hazlo por nosotros... Olvídalo todo...

RAMÓN. Si es que no puedo, madre. Si es que María es la vida para mí. Si supieras que allá, en Africa, su recuerdo, con el vuestro, me

acompañaba a todas partes. En los combates rudos, su figura caminaba, valiente, delante de mí, inyectándome valor; durante mi cautiverio, ella, contigo, madre, me prodigaba frases de consuelo y me hacía concebir esperanzas de libertad; todos vosotros, con ella, me acompañasteis en la noche de la huída, en aquella noche imborrable en que yo caminaba arrastrado por el suelo, bajo una lluvia de balas, desafiando a la muerte; si es que ella, después, en las enormes salas de esos hospitales, donde solamente se escuchan gemidos de dolor, desgarradores, vestida de blanco, cual una dama más de la Cruz Roja, curaba amorosas mis heridas y me hablaba con ternura inigualable; si es que ella levantó, en mi alma, el palacio venturoso, donde habita la felicidad más envidiable; si es que ella, me hizo concebir los proyectos más halagadores y risueños... si es que es mi aliento, mi existencia, mi felicidad... mi vida...

ESTEBAN. ¡Pobre hijo mío!

RAMÓN. ¡Oh, destino implacable! ¡Cómo te ensañas, destrozando mi existencia..! Y tú, guerra, guerra odiosa, patrimonio de pueblos salvajes, arma de seres ambiciosos, ladrona de vidas juveniles, espíritu destructor que todo lo aniquilas; monstruo gigantes-

co, sediento de sangre, que clavas gozoso tus agudas garras en el cuerpo desnudo de la Humanidad ambiciosa y malvada; guerra inicua que siembras el infortunio en los hogares más felices... ¡Maldita seas!

Telón rápido

ACTO TERCERO

La misma habitación del acto segundo. Hora del atardecer. Sobre la mesa, y pendiente del techo, una lámpara eléctrica, que deberá encenderse a su debido tiempo. Del segundo a este acto ha transcurrido más de un año.

ESCENA PRIMERA

La señora *Rosario* hace media, mientras *Pilar* lee en un libro unas páginas sobre la guerra de Africa. *Rosario* y *Pilar.*

PILAR. «... Y como entre los elementos adictos que se hallan en nuestras filas, hay gran número de moros, se hace entre ellos activa propaganda sediciosa, repartiéndoles proclamas como la siguiente, que firmada por Abd-el-Krim, se halló en manos de un soldado de Regulares:

«Los españoles—les dice—tienen perdida la partida. Mirá Abarrán. Allí han dejado mutilados e insepultos todos sus muertos, cuyas almas vagan errantes, maldiciendo de ellos, por no poder gozar de las delicias del Paraíso »

«Fíjate—agrega—en la forma en que los españoles os tratan. Vosotros sois los que lleváis el peso de los combates, poniéndoos en los sitios de más peligro, para salvarse ellos de la muerte; sois como borregos de un hato que renunciáis a los beneficios de la independencia, que traicionáis vuestra religión y vuestra raza por un fusil que os brindan, por unas pesetas que os ofrecen.»

«Vuestros antepasados se estremecerán de rabia, en sus tumbas, al contemplar vuestro innoble proceder con vuestros hermanos. Sobre vosotros y vuestros descendientes caerá la maldición de Alá si, sordos a nuestro llamamiento, seguís formando al lado de los eternos enemigos del Islam inmortal.»

«Reflexionad. Ved como las posiciones españolas que, en su ciego orgullo, el invasor juzgaba inexpugnables, se van derrumbando al empuje arrollador de los hijos del Profeta. Pronto las tropas de España, dominadoras, huirán perseguidas por nuestras fuerzas triunfadoras, abandonando este suelo, cuya posesión usurparon un día, por la traición de los malos rifeños.»

«Para ello, es necesario que vosotros, hijos de Alá, os suméis a nuestra causa, ga-

nando así, en el Paraíso, los eternos goces reservados a los buenos mahometanos.» «Invita a tus compañeros, a cuantos contigo sufren, con resignada mansedumbre, la tiranía española, a abandonar esas filas; manifiéstales que, si desoyen nuestros ruegos, cuando, con la ayuda de Alá, el triunfo sea con nosotros, seremos implacables con los malos musulmanes, a los que impondremos el ejemplar castigo a que les hace acreedores sus culpas...» *(Cerrando el libro.)* Y no leo más.

ROSARIO. Si ya no debes ver.

PILAR. Sí que veo, pero me canso mucho. Como no estoy acostumbrada a leer en voz alta. ¿Te gustan las cosas que dice este libro?

ROSARIO. Ya lo creo. Son muy interesantes.

PILAR. Y además que es historia; historia pura.

ROSARIO. ¿De manera que todo eso ha sucedido en Africa?

PILAR. Todo eso y mucho más. Son cuatro tomos y estamos todavía en el primero.

ROSARIO. ¿Y cómo se llama ese libro?

PILAR. «Del desastre a la victoria», y su autor es F. Hernández Mir.

ROSARIO. ¿Cuatro tomos...? ¡Qué gasto..!

PILAR. A cuatro pesetas, diez y seis pesetas.

ROSARIO. Qué barbaridad. Qué manera de gastar el dinero. Este hermano tuyo es extremado; unas veces gasta sin freno en libros y re-

vistas y se pasa los días enteros leyendo y leyendo, y otras no hay quien le haga comprar un periódico para conocer lo que pasa por el mundo y prefiere pasarse la vida durmiendo.

PILAR. No te extrañe, madre. Ramón ha tenido siempre gran afición al estudio. Y más vale así. Si no hubiera sido por el servicio militar, ya tendría terminada su carrera. Ahora tendrá que leer doble, estudiar doble para ganar el tiempo que ha perdido. Aunque no sé, pero me parece que para Ramón murieron ya todas las ilusiones.

ROSARIO. Qué tonta eres, chiquilla. No sé porqué. Lo que a él le ha pasado, les pasa a muchos jóvenes... ¿Un amor que se pierde para siempre? Pues a buscar otro que pueda sustituirle.

PILAR. Pero cuando ese amor constituye toda una vida, toda una felicidad, es muy difícil encontrarle un sustituto.

ROSARIO. ¿Qué sabes tú? Si en tu vida has tenido un noviazgo formal.

PILAR. Eso cree usted porque jamás me ha conocido un novio que merezca este nombre; pero ¿quién sabe si yo estoy enamorada ciegamente? En la vida ocurren, a veces, unas cosas muy extrañas. En Madrid conocí una muchachita, que después fué una amiga excelente. En nuestros frecuentes

paseos por las sendas más solitarias del parque del Retiro, me fué refiriendo la historia de su vida; era joven, pero ya tenía historia, y una historia sentimental y muy interesante. Jamás había tenido relaciones con un hombre. Una mañana de invierno; una de esas mañanas domingueras de sol esplendente y temperatura primaveral, yendo con otras amigas paseando por Recoletos y la Castellana, encontró un hombre que llamó poderosamente su atención. Era el que había soñado tantas veces y del cual estaba profundamente enamorada. Sintió, al encontrarle, un gozo inefable y le siguió con la vista mientras pudo. Desde aquel día, todos los domingos acudió al mismo paseo y a la misma hora en busca del muchacho de sus gratos ensueños. Todo inútil. Pasaron algunos meses, y una tarde del mes de junio, estaba mi amiga con unas compañeras en uno de los merenderos de la Bombilla, cuando llegaron a ellas unos estudiantes muy conocidos y ¡qué sorpresa!, entre ellos, llegaba también el hombre que ocupaba totalmente su corazón. Se hicieron las presentaciones de rigor y todos juntos pasaron aquella tarde, que debió ser inolvidable, entre bailes, cervezas y bocadillos de jamón.

ROSARIO. ¿Sabes que es una historia muy entretenida..?

PILAR. Espere usted que falta el desenlace. Mi amiga procuró hacerse algo interesante a los ojos del muchacho y lo consiguió al poco tiempo. Bailaron juntos muchas veces. El, dejaba caer en los oídos de ella palabras tiernísimas; verdaderos madrigales de amor sincero. Ella, que al principio le escuchaba riendo fuertemente, comenzó a ponerse triste; y se ponía triste porque no podía responderle como su corazón deseaba. Le hubiera gritado amorosa: ¡Te quiero! ¡Hace tiempo que te quería sin haberte conocido!.. Pero no podía ser. ¿Qué hubiera pensado de ella?.. Una declaración en la primer entrevista... Siguieron amigos; muy amigos; pero amigos nada más. El joven se enamoró de una de las compañeras... se hicieron novios y, a los once meses, se casaron, mientras mi amiga moría de amor por el hombre que no supo corresponder a su grandioso cariño.

ROSARIO. Oye, Pilar, ¿eso es una novela o una película?

PILAR. Una novela; pero una de esas tantas novelas vividas como los hombres han escrito.

ROSARIO. Calla. Alguien sube. Enciende la luz. *(Pilar da media vuelta al interruptor.)*

ESCENA II

Dichos, *Esteban* y *D. José*

D. JOSÉ. *(Entrando por la puerta de la izquierda acompañado del dueño de la casa.)* Muy buenas tardes, doña Rosario. ¿Qué hay Pilar? ¿Cómo se pasa la vida?

ROSARIO. Buenas tardes, don José.

PILAR. Regular, señor Maestro.

D. JOSÉ. ¿Regular nada más?..

ROSARIO. ¿De vuelta del paseo?

ESTEBAN. Sí. Hoy lo hicimos un poco largo. Hemos tenido una tarde hermosísima; de primavera bien entrada.

D. JOSÉ. Mucho calor. El sol picaba demasiado· Parecía una tarde precursora de una gran tormenta; pero se ocultó el sol, se enfrió un poco el ambiente y pasó el peligro.

ESTEBAN. *(A Rosario.)* ¿No está Ramón?

ROSARIO. Creo que sí. Debe estar en su cuarto. *(A don José.)* Se pasa allí encerrado la mayor parte de su vida; unas veces leyendo y otras, las más, durmiendo. Yo no sé que va a ser de este hijo. Para él no hay consuelo. Dice muchas veces que su vida es imposible...

D. José. De eso veníamos hablando por el camino. D. Esteban me ha contado algunas cosas verdaderamente sorprendentes, que me han hecho pensar en algo horrible.

Rosario. *(A Esteban.)* ¿Le has contado....?

Esteban. Todo. Creí y sigo creyendo todavía que don José es la única persona que puede oir, de labios de Ramón, la verdad de su vida; de esa vida que tanto nos tiene preocupados.

Rosario. ¿Y qué piensa usted, don José, de nuestro hijo?

D. José. No lo sé. No me atrevo a formar juicio de él; no quiero atreverme. Esa vida de continuo retraimiento que lleva; esa afición desmedida por el estudio; esos sueños prolongados y numerosos... La lectura, no me extraña tanto; es algo muy natural; busca en los libros el alejamiento de su continuo padecer. Piensa en distraerse y quizá lo consiga en algunos momentos; pero esos sueños repetidos, me intranquilizan. Preveo que no son naturales. Es muy posible que Ramón recurra a ellos para acortar su existencia dolorosa...

Esteban. Don José...

D. José. Sí, mi buen amigo. Sería horrible; muy horrible que su hijo estuviese, como sospecho, entre las garras de algo monstruoso.

¿Y dicen ustedes que duerme a todas horas?...

ROSARIO. Y especialmente en los días en que se muestra más triste, más inconsolable; después de algunas crisis nerviosas de las que tanto padece, se queda durmiendo, y por los gritos que da algunas veces, yo me presumo que debe tener ensueños horrorosos...

D. JOSÉ. ¿Y no han advertido ustedes nunca, en su habitación, algo que pueda delatar la existencia de alguna enfermedad que Ramón se esfuerze en ocultarnos?

ROSARIO. No. Yo nada. *(A Esteban.)* Tú tampoco. ¿verdad Esteban?

PILAR. Yo sí. Un día que mi hermano se levantó muy triste y con fuertes dolores de cabeza, se encerró en su habitación a poco de levantarse. A las dos o tres horas, y en vista de que de allí no salía, pasé muy despacio por si le ocurría alguna cosa y le encontré vestido, tendido sobre la cama y perfectamente dormido. Junto a él encontré una cosa como una jeringuilla, con una aguja muy afilada; la recogí y le dejé descansar. Cuando se levantó, me buscó presuroso para preguntarme si había recogido el objeto que les digo. Se lo entregué y me rogó que guardase el secreto; que no dijese nada a nuestros padres...

D. José. Lo presentía y no me equivoqué. ¡Ah, la la droga maldita! ¡Azote de espíritus enfermos! Entraste en esta casa; te enseñoreaste en ella; juegas con la voluntad de un hombre y te reirás, dentro de poco, de todos nosotros con la risa más cruel.

Rosario. Entonces, don José, ¿cree usted que mi hijo está enfermo?

D. José. Enfermo; pero enfermo del alma...

Rosario. No le comprendo a usted.

D. José. Ni quiera comprenderme. Será mejor para usted y para todos. Dijo un doctor eminente: «Abundan las vidas oscuras. Vidas llanas, monótonas, áridas, resecas. Tristeza de sendero manchego. Sin cumbres azules en el horizonte. Sin flores en la linde». Así es la vida de Ramón y, además, rebelde, disconforme con tan opaco ambiente. Es absolutamente preciso que yo vea a Ramón, sin pérdida de tiempo. Búsquenle. Díganle que su maestro; su viejo maestro, quiere hablarle de algo que interesa a todos. Vayan; vayan a buscarle y no vuelvan a esta sala mientras esté aquí conmigo. *(Salen por la derecha, Rosario, Pilar y Esteban).*

ESCENA III

D. José solo.

D. JOSÉ. *(Viéndoles alejarse.)* Familia desventurada... Horrible calvario el de esta casa. Primero, la noticia fatal de la muerte del hijo, quitó a los padres un buen caudal de energías, llegando, hasta ellos, la vejez prematura; después, la vuelta inesperada del muerto querido, estremeció nuevamente sus almas doloridas y ahora, ahora que viven gozosos en compañía del ser amado, creyendo tener un hijo fuerte, animoso, lleno de juventud y de vida, sufrirán horriblemente cuando lleguen a enterarse que Ramón no es un hombre; que Ramón es solamente un guiñapo de hombre, sin fortaleza, sin juventud y sin vida; un hombre que vive muriendo; un muerto que anda, como andan los autómatas.

ESCENA IV

D. José y *Ramón* por la derecha.

(En el rostro de Ramón se advierten, perfectamente, las huellas inconfundibles de todos los morfinómanos; piel amarillenta,

seca y con algunas erupciones; ojos hundidos, etc.)

RAMÓN. D. José, Buenas tardes.

D. JOSÉ. Buenas tardes, Ramón.

RAMÓN. Mis padres me dijeron que tenía usted que hablarme de un asunto interesante...

D. JOSÉ. Interesante en cierto grado. Me parece que tus padres le han concedido demasiada importancia a esta entrevista.

RAMÓN. La tendrá entonces.

D. JOSÉ. No. Nada de importancia. Un poco de interés para mí, únicamente, que siempre me preocupé con cariño, de todas tus cosas.

RAMÓN. Si nos sentásemos, ¿no le parece D. José?

D. JOSÉ. Como tú gustes; aunque la conversación no ha de ser muy larga. Ya es de noche y hay que irse para casa; la cena nos estará esperando. *(Se sientan.)*

RAMÓN. Pues usted dirá. Le escucho como siempre le escuché; con verdadero gusto y atención. *(Pausa.)*

D. JOSÉ. Se dice por el pueblo que estás un poco enfermo...

RAMÓN. *(Sonriendo.)* Qué disparate. ¿A quién se le habrá ocurrido inventar semejante patraña? Lo sabría el señor médico, lo sabrían mis padres, lo sabrían todos... ¿Qué interés tendría en ocultarlo?...

D. José. No es disparate, ni patraña. No lo sabe nadie con certeza porque dicen que tratas de ocultar tu enfermedad; pero toda la gente, hace algún tiempo, te supone muy enfermo.

Ramón. ¿Pero no comprende, don José, que sería no quererme a mí mismo, el ocultar lo que nunca puede ni debe ocultarse; que sería ir contra mi salud, contra mis energías, contra mi vida, que solo es mía..? ¿Duda usted también de mis palabras..? ¿Cree usted también en esa supuesta enfermedad..? ¿No dicen que a la cara salen todos los dolores..? Míreme y podrá convencerse.

D. José. Dices bien: «A la cara salen todos los dolores...» Te miro a la cara, y en ella encuentro, indelebles, las huellas del sufrimiento; sufrimiento físico que destruye tu organismo rápidamente y sufrimiento moral que se cebó en tu alma, hasta acabar con el dominio de la voluntad; de esa voluntad precisa, necesaria, para la vida normal de las personas... No lo niegues, Ramón; tú estás enfermo...

Ramón. ¿Me va usted a obligar a que le diga nuevamente lo contrario?

D. José. Tú estás enfermo, Ramón. Es inútil que te esfuerces en demostrarme tu salud. Y me disgusta enormemente que tengas hoy secretos para el maestro que tanto te quiso

siempre; para el maestro que tú casi venerabas. Eres ingrato conmigo. Así correspondes a mi cariño paternal...

RAMÓN. Don José...

D. JOSÉ. Dime, Ramón; si estás fuerte, si no te aqueja dolor alguno material o espiritual ¿para qué utilizas aquel inyectador que tu hermana encontró, no hace mucho, en tu habitación, mientras dormías profundamente?

RAMÓN. *(Viéndose sorprendido.) (Sin saber qué responder.)* ¿Un inyectador..? ¿Que encontró mi hermana en mi habitación..? No recuerdo nada de eso... Nunca me dijo una palabra... ¿Otra nueva patraña..?

D. JOSÉ. Ramón, mira lo que dices. De ésto me he enterado por tus padres. Tus padres no van a inventar una patraña. Me lo contaron, porque saben lo mucho que os aprecio a cuantos vivís en esta casa.

RAMÓN. Perdóneme, don José. No sé lo que digo. Pero es que es inaudito querer hacer creer a una persona sana que está enferma de cuidado.

D. JOSÉ. Parece mentira, Ramón. Tú, el muchacho modelo, bueno, cariñoso y obediente; el muchacho del alma de cristal; aquel muchacho que jamás tuvo un secreto para nadie y menos para sus padres y maestro, se ha tornado en un hombre sombrío, en

un hombre reservado, en un hombre—perdona la palabra porque es dura, pero no hay otra que mejor te cuadre en estos momentos—en un hombre embustero, *(Ramón levanta la cabeza; quiere responder, pero el maestro no le deja.)* porque tú mientes, Ramón, y mientes sin advertir que las mismas mentiras te delatan; porque no es ese tu hábito; porque no sabes mentir... porque nunca supiste...

RAMÓN. D. José; por favor... déjeme... no me atormente más... no vaya a olvidarme de que usted es el maestro a quien quise con toda mi alma... porque no se si podré, si sabré resistir los impulsos de mi dignidad, injustamente ofendida... Déjeme... se lo suplico... ¿a qué viene todo ésto?...

D. JOSÉ. Viene a que, por tí mismo, por tus padres, por tu hermana, por las personas que más te quieren, necesito salvarte; es preciso, absolutamente preciso, apartar de tus manos esa droga maldita que corroe tu existencia; es preciso, por todo y contra todo, que recobres tu voluntad perdida; que vuelvas a ser hombre, como siempre lo fuiste, dejando de ser, lo que ahora me pareces, un muñeco humano sin libertad ni conciencia.

RAMÓN. Calle, calle, por favor. Sus palabras resuenan en mi alma, coma las de un juez

que acusa severísimo. Calle... por piedad... Mi cerebro arde... mi cabeza parece que va a estallar...

D. José. Confiésate a mí Ramón. Lo sé todo; absolutamente todo; pero necesito escuchar de tus labios la confirmación que ahuyente mis dudas... No olvides lo que fuí para tí siempre... no olvides lo que todavía soy...

Ramón. *(Acorralado totalmente, se echa a llorar como un chiquillo.)* Tiene usted razón. Soy un muñeco humano, sin voluntad y sin conciencia... La droga... esa droga maldita que me atrae hacia ella, como un imán poderoso, me tiene esclavizado, desde hace algún tiempo... No vivo; no puedo vivir... Me redime de todos los males del cuerpo, para gozarse en ofrecerme los más terribles del alma... Para mí no hay remedio... Soy un cadáver ya con un poco de vida... Es inútil que se esfuercen en obtener mi curación... La morfina; esa droga diabólica, se ha infiltrado en mi cuerpo, y la llevo ya, desde hace dos años, en la masa de mi sangre,.. y se ríe de mí... y levanta en mis sueños fantasmones horribles, que me aprisionan sin piedad, entre sus brazos forzudos, hasta sentirse el crujir de mis pobrecitos huesos; otras veces, atenazan mi garganta, con sus dedos como garfios, hasta hacer salir del cuerpo la exis-

tencia, y clavan sus uñas en mis carnes, y tiran de mis cabellos, y queman mis pupilas, mientras gritan y ríen sarcásticamente, y saltan después, como demonios, en derredor de mi cuerpo atormentado... ¡Oh qué horrible vivir!

D. José. Ramón; escúchame; no llores; no te desesperes; quizá tu enfermedad pueda curarse todavía. Otros como tú se curaron. En sanatorios especiales, he oído decir que puede alcanzarse una perfecta desmorfinización... De todas formas, te compadezco. Eres un perfecto desgraciado. Lo que no acierto a comprender es, cómo tú, tan fuerte siempre, hombre de probada voluntad y con una cultura no despreciable, te has dejado ganar por esa falsa literatura, prometedora de goces disparatados, que rodea al alcaloide maldito.

Ramón. No me dejé ganar por las promesas de voluptuosidades demoniacas y paraísos de placer. No me dejé ganar por nada. Soy morfinómano, porque así me han hecho. Cuando ignoraba los peligros que encierra la droga, la pedía con frecuencia para amortiguar mis dolores...

D. José. ¿Y en dónde fué eso?

Ramón. En los hospitales de Africa. Como usted sabe, los moros nos hicieron prisioneros, cuando conducíamos un convoy, y nos

encerraron en una cabila vecina. Allí estuvimos pasando infinitas fatigas hasta que planeamos nuestra fuga. Fué una noche de verano; todo estaba preparado. Esperamos que la cabila durmiese. Los guardianes cayeron a nuestros pies, mortalmente heridos por golpes de piedra en la cabeza. Salimos corriendo al campo. A los gritos de los moribundos, acudieron cabileños, prorrumpiendo en algarada salvaje y disparando sus fusiles sobre los soldados fugitivos. Alguno de los nuestros quedó tendido en la tierra para siempre. Una bala enemiga se incrustó en mi brazo derecho; caí al suelo y quedé oculto por unos matorrales. Me rehice después y, arrastrándome, con infinitos trabajos y muchos dolores, pude llegar al campamento. Perdí mucha sangre... estaba muy débil... fuí hospitalizado... Llegaron las curas dolorosas; los días primeros sufrí horriblemente. Me pasaba las horas en un gemido prolongado, y los médicos, por calmar mis sufrimientos, y los enfermeros, por no escuchar mis quejas, me inyectaban morfina. Qué alivio más grande. Los dolores desaparecían suavente mientras llegaba el sueño confortador. Así pasé mucho tiempo; dos meses, quizá más; no recuerdo muy bien; y era muy raro el

día que no solicitaba la inyección para acallar mis tormentos. Me acostumbré de tal forma a la droga, para mí entonces querida, que me era imposible resistir ya un dolor, por pequeño que éste fuese. Salí después del hospital y nadie se preocupó de que habían formado un morfinómano; de que habían puesto a un hombre en el camino de la muerte... De cómo soy, nadie puede culparme... Yo sí que puedo culpar a todos aquellos que hicieron de mi vida un continuo padecer.

D. José. Efectivamente; nadie puede culparte... En los hospitales de Africa se emplea, quizá con demasiado frecuencia, la morfina... Los soldados españoles, sin darse cuenta de ello, se dejan inyectar el veneno terrible para aliviar sus dolores, y cuando las causas de éstos desaparecieron, como ya fué adquirido el hábito morboso, vuelven a tomarlo para calmar la angustia, el malestar que la privación les ocasiona. El morfinómano está hecho... Los Estados que así obran, debieran establecer algunos sanatorios de desmorfinización para curar a los soldados enfermos por causa de un mal entendido sentimiento humanitario, y no dejarlos abandonados a sus escasas fuerzas, en la lucha titánica que deben librar con la droga terrible.

RAMÓN. Llegué después al pueblo rebosando alegría; acariciando un cúmulo grandioso de ilusiones... Mi familia... Mi novia... Mi novia idolatrada, que sería muy pronto mi mujer... El hogar feliz que formaríamos... y ¡oh, fatalidad!... El castillo venturoso que había levantado en mis largas horas de infortunio, cayó con estrépito, aprisionando mi cuerpo entre sus escombros pesados... Toda una vida deshecha para siempre... No era ya un hombre consciente de mis actos... Era un idiota; un pobrecito idiota que movía a compasión a toda la gente... ¡Cuánto sufrí; qué terribles tragedias se desarrollaron en mi alma en los meses primeros...!

D. JOSÉ. ¿Y volviste a la morfina para aliviar tus dolores?

RAMÓN. Volví a la morfina con más ganas que nunca. Entonces no vivía; no podía vivir; no debía vivir... Era ridícula aquella vida mía. Pensé en el suicidio; acaricié una pistola; pero la voz de mi madre, de mi buena y santa madre, desarmó entonces mi brazo... Una congoja terrible, se apoderó de mí en aquellos momentos inolvidables, y recurrí a la morfina y se calmaron mis dolores... Y así un día, y otro, y otro, hasta catorce meses consecutivos que hacen de mi llegada a este pueblo...

D. José. Ten confianza, Ramón; tú puedes curarte; pero es preciso que tú quieras. Verás cómo entre todos te curamos. Hablaré a tus padres y te llevaremos, sin pérdida de tiempo, a un excelente sanatorio que hay muy cerca de Madrid, al lado del Escorial.

Ramón. Cuánto bien me harían ustedes... No sé si podría contenerme. La morfina es, para mí, algo más necesario que los mismos alimentos... La quiero con todas mis fuerzas; pero me dá un miedo horrible... He tenido ensueños espantosos... Una noche, de verdadera desesperación, me inyecté una cantidad de tóxico mayor que la de ordinario... Quedé dormido a los pocos instantes... Las paredes de mi cuarto se fueron iluminando con tintes rojizos; después se volvieron transparentes, como si fuesen de cristal... Detrás de ellas, aparecieron unos seres momificados, de rostros larguísimos y manos sarmentosas, que llegaron hasta mí, alargando sus brazos y mostrándome sus uñas afiladas. Horrorizado, comencé a gritar... Uno de ellos, apretó fuertemente mi garganta... Desesperado, me retorcía en el lecho... Aquellos monstruos humanos se echaron sobre mí, tomaron mis piernas y, descoyuntándolas, las alargaron horriblemente... Después, hicieron lo mismo con los brazos..., con

todo mi cuerpo... Mi figura la transformaron en algo ridículo y grotesco... Bailaron después una extraña danza, en torno de mí, gritando fuertemente... Pedían mi corazón..., mi corazón dolorido... Decían que ya para nada habría de servirme... Terminada la danza, uno de ellos, el que tenía las uñas más largas, se echó sobre mí... Su cuerpo frío me estremeció... Desnudó, a la fuerza, mi pecho; colocó sobre él la mano, y haciendo una mueca espantosa, hundió los dedos en mi carne..., buscó el corazón..., lo apretó fuertemente y, lanzando un grito de gozo, tiró de él y lo sacó sangrando de mi cuerpo... Todos bailaron; todos volvieron a bailar... Yo quedé como muerto. No podía moverme; no podía gritar; pero veía el espectáculo... Pusieron el corazón sobre el suelo, y todos, absolutamente todos, pasaron sobre él..., lo pisotearon..., lo deshicieron..., y huyeron como demonios. Las paredes volvieron a teñirse de rojo. Del corazón destrozado, surgió un torrente de sangre que, muy pronto, cubrió todo el suelo... Aquello era un lago, cuyo nivel iba subiendo, subiendo, hasta cubrir las sillas; hasta tocar las ropas de la cama; hasta teñir mi cuerpo y cubrirme totalmente... La sangre penetraba por mi boca, pasaba por mi nariz, inundaba mis

entrañas... Sentí las torturas de la asfixia y, estremeciéndose fuertemente mi cuerpo, dejó escapar el alma, para quedar él flotando en aquel charco de sangre que era mía; solo mía y que había de servirme de sepulcro...

D. José. Visión espantosa. No debes recordar estas cosas. Vas a volverte loco.

Ramón. Loco estoy ya, desde hace mucho tiempo; primero, loco de amor; despues, de dolores... Estos nervios míos acabarán conmigo; estas fuertes neuralgias, que se presentan con frecuencia, me atormentan demasiado.

D. José. ¿Cómo no has de atormentarte? ¿Cómo los nervios han de poder estarse quietos, si, contínuamente, los estás excitando con la droga fatal? Debes procurar hacerte fuerte; recobrar tu voluntad y volver a ser hombre...

Ramón. Si no puedo, don José.

D. José. Calla. Parece que alguien viene. *(En la puerta de la derecha aparece Rosario.)* Tu madre.

ESCENA V

Dichos y *Rosario.*

Rosario. ¿Terminó ya la entrevista?

D. José. Ya terminamos nuestra charla, doña Rosario.

Rosario. ¿Y el resultado?,..

D. José. ¿El resultado? Un viaje.

Rosario. ¿Un viaje? ¿De quién?

D. José. De Ramón. Es preciso que cambie de aires, de agua, de modo de vida... Ramón ha padecido mucho, en estos últimos años; primero en Africa, después en este pueblo. La boda de María... sus ilusiones truncadas... su corazón malherido... Han sido muchas emociones en muy poco tiempo... Su sistema nervioso está muy débil y es necesario fortificarle, para evitar algún trastorno de fatales consecuencias. Una vida tranquila, reposada, lejos de todo recuerdo desagradable... luz, aire puro, mucho aire... vida de campo... Esto es lo que necesita Ramón para curarse y ésto le deben dar ustedes. Voy a ver al señor médico, para que estudie a Ramón muy detenidamente. Tengo la absoluta seguridad de que ha de decir ésto mismo que yo digo.

Rosario. Pero ¿tan malo está?

D. José. No; todavía no; pero está en situación de adquirir una mala enfermedad y como podemos evitarlo, lo debemos evitar.

Rosario. ¡Pobre hijo mío! Haremos cuanto ustedes dispongan.

D. José. Pues entonces, de acuerdo. Voy a casa

del médico y después volveré unos instantes por aquí. Adiós, doña Rosario. Ramón; voluntad, mucha voluntad; sobreponte a tí mismo. *(Sale por la izquierda).*

ESCENA VI

Rosario y Ramón

ROSARIO. ¡Hijo mío! ¿Qué tienes? ¿De verdad estás enfermo?

RAMÓN. De verdad, madre.

ROSARIO. ¿Y por qué nos lo ocultabas?

RAMÓN. Porque no quería afligiros. Los nervios; estos nervios míos están muy delicados. Unas veces, se apodera de mi cuerpo una dejadez inexplicable y prolongada; otras, los nervios se alteran, produciéndome dolores agudísimos, como si me claveteasen el cuerpo con tachuelas. En mi cerebro se producen ruidos infernales y aparecen las terribles neuralgias. En estos momentos, mi cabeza arde, y aquí, en las sienes, siento como si tuviera dos clavos candentes... Es horrible, madre... demasiado horrible.

ROSARIO. Pobrecito de mi alma. ¿Quieres que vaya, en un instante, a traerte al señor médico?

RAMÓN. No; no es necesario. Estando aquí quieto, con la cabeza apoyada sobre la mesa, se me pasará en seguida.

ROSARIO. Espera. Voy a colocarte esta almohada. *(Recoge un cojín de una silla y lo coloca sobre una mesa, bajo la cabeza de Ramón.)* Así estarás mejor. Duerme. Duerme un poquito, si puedes, que ya procuraremos no pasar a molestarte. *(Sale por la derecha.)*

ESCENA VII

Ramón solo.

RAMÓN. *(Pausa. Después se aprieta las sienes.)* Este dolor es irresistible... Yo no debo padecer, teniendo en mis manos el remedio... Una vez más, qué importa a mi salud... ¡Voluntad..! ¿Dónde te fuiste, voluntad..? *(De los bolsillos de la americana, saca un frasco pequeño y una jeringuilla de inyectar.) (Contemplando con deleite el frasco.)* Droga querida. Redentora de mis males... Y dicen que me separe de tí, cuando tú eres mi única amiga, mi solo consuelo... la que llevas la paz a mi alma y el descanso a mi cuerpo... *(Después de mirar a todas partes, destapa el frasco, toma un poco de morfina con el inyectador y la pone en el antebrazo izquierdo.)* Así... pasa... ahuyenta mis tormentos... tráeme un poco de bienestar, que bien lo necesito... *(Poco a*

poco va sintiendo los efectos del alcaloide.) ¡Oh! qué impresión más agradable... cómo vence a las neuralgias... cómo huyen los dolores en alocada carrera... cómo viene el sueño, lentamente... Así... que bien estoy así... así siempre... (*Queda semidormido.*)

ESCENA VIII

Ramón y *María*, por la izquierda.

(Pausa. María aparece en el dintel de la puerta.)

MARÍA. ¡Señora Rosario! ¿No hay nadie en esta casa? *(Repara en Ramón.)* ¡Ah, Ramón! *(Ramón, que no acabó de conciliar el sueño, levanta la cabeza.)*

RAMÓN. ¡Eh!, ¡quién!

MARÍA. Perdona, Ramón.

RAMÓN. ¿Eres tú?

MARÍA. Yo. Perdona si vine a turbar tu sueño.

RAMÓN. No has turbado mi sueño. No dormía. Tengo un fuerte dolor de cabeza y estaba quieto para ver si se marchaba. Pasa; pasa sin temor... Siéntate.

MARÍA. ¿Estás solo?

RAMÓN. No lo sé. Debe andar por ahí dentro mi familia.

MARÍA. Quisiera hablar contigo...

RAMÓN. No haces otra cosa desde que has llegado.

MARÍA. No es eso. Quisiera hablar contigo de algo que puede interesarte; de algo que púede interesarnos a los dos...

RAMÓN. A mí, María, ya no me interesa nada; no puede interesarme nada.

MARÍA. ¿Ni siquiera tu felicidad?

RAMÓN. Ni siquiera eso... ¡Mi felicidad!.. ¿Dónde estará en estos instantes?.. Hace tiempo que marchó de mi lado, antes de poseerla totalmente.

MARÍA. Yo la recogí. La encontré en el tortuoso camino de mi vida y vengo a ofrecértela.

RAMÓN. Guárdala. Consérvala bien, para cuando yo muera, poder ofrecérsela a otro hombre; a tu marido, que te quiere con toda su alma.

MARÍA. ¡Pobre Luis! El, como tú, como yo, también es digno de lástima. Esperaba conquistar mi cariño y no puede conseguirlo. Al principio su presencia me era todavía tolerable; hoy, que veo lo que sufres, casi casi le odio. Y él, que no es tonto; él, que ve nuestros amores imposibles; él, que se ha dado cuenta de que nunca podrá ser feliz a mi lado, ha tomado una resolución que, quiera Dios, no te parezca disparatada.

RAMÓN. ¿Qué ha pensado? ¿Qué resolución ha podido tomar?

MARÍA. Apartarse de nuestro camino; del camino

de nuestra felicidad; huír de mi lado, marchar muy lejos, muy lejos y para siempre.

RAMÓN. ¡Imposible! Luis no puede hacer eso...

MARÍA. Lo hará por nuestro bien.

RAMÓN. ¡No!

MARÍA. Y si no le dejamos...

RAMÓN. ¿Qué?

MARÍA. Si no le dejamos, dice que llegará hasta el sacrificio. Que sacrificará su vida en aras de nuestro amor, y de su infinita desgracia...

RAMÓN, ¡No!...

MARÍA, Que cuando existen dos hombres, prendados locamente de una mujer, y ésta quiere a uno de ellos, debe suprimirse el no querido...

RAMÓN. ¡No!...

MARÍA. Sí, Ramón, sí. Si no le dejamos emprender su fuga, se matará, no lo dudes; se matará. Dice que no puede vivir de esta manera.

RAMÓN. No se matará... Luis ha dicho bien: «debe sacrificarse uno de los dos hombres»; pero antes que el suyo, vendrá mi sacrificio.

MARÍA. ¡Ramón! ¡Ramón de mi vida!

RAMÓN. «Antes que el suyo, llegará mi sacrificio.»

MARÍA. No; tú no harás eso.

RAMÓN. El sacrificaría su vida, en aras de nuestra felicidad; yo no; yo la sacrificaré, en aras de nuestros crueles destinos... El es mejor que nosotros... Vete... Vete en seguida...

MARÍA. ¿Me echas de tu lado?

RAMÓN. Vete, que será mejor para los dos...

MARÍA. ¿Piensas suicidarte?...

RAMÓN. ¡No! Ahora no. Vete tranquila... Lo que haya de ser, vendrá cuando menos lo esperemos...

MARÍA. Ramón... *(Ramón la empuja hacia la puerta de la izquierda, por donde desaparece.)*

ESCENA ULTIMA

Ramón, solo

RAMÓN. Luis no puede matarse; no debe matarse. Tiene derecho a la vida que es muy suya... Yo no tengo vida... Esta vida no es mía... Está en las manos de algo que tiene mi voluntad esclavizada... Luis tiene derecho a su felicidad... Tiene derecho a querer a su mujer delante del mundo entero... Yo no; yo no tengo derecho a quererla y ser querido... Sería prostituír nuestros amores, que siempre fueron honrados... Luis no debe marcharse... María debe quererle; tiene que quererle; es su esposa... Sacrificio... Sacrificio, sí; pero el sacrificio de mi vida, que para nada ha de servirme, si no es para matarme lentamente... *(Saca tembloroso el frasco del tóxico, y al destaparlo se le escurre de las manos y cae al suelo, de-*

rramándose el líquido totalmente.) ¡Ah! Destino implacable, hasta la muerte me arrebatas de las manos... Destino cruel, cómo te gozas con mis martirios... Quiero dormir; dormir mucho; dormir eternamente... Madre... Madre querida... Tengo miedo... Mis sienes arden... Mi cerebro enloquece... *(Cae de bruces sobre la mesa.)* Ven conmigo, madre mía; no me abandones...; no quiero estar solo... Ven con tu Ramón... Con tu pobre niño enfermo... (*Solloza desconsoladamente. Pausa. Delirium tremens.*) ¿He? ¿Quién? ¿Quién eres tú? ¿Por dónde has pasado? ¿Quién eres?... ¿La fatalidad?... ¿Y qué quieres de mí?... (*Horrorizado.*) ¿El corazón?... ¡No!... El corazón es mío..., mío... No te lo has de llevar.. (*Huye alocado por toda la habitación*). Suelta... Suelta mi brazo... (*Llega hasta el centro de la escena.*) Marcha, monstruo maldito... No te rías..., no te rías de mi desesperación... Huye... Déjame... Soy inocente... No me hagas daño... (*Tirado en el suelo*) ¡No! El corazón no... Quita esas manos frías de mi pecho... No claves tus uñas... (*Encogido como si, en realidad, estuviese aprisionado.*) ¡Ah!... Sangre... Mi sangre... Quita... Quita, fantasma horrible... Me haces daño, mucho daño... Por ahí no podrás..., no podrás sacarle... ¿Que

intentarás por la boca?... ¡No!... Yo apretaré mi garganta para que no puedas hacerlo... (*Con una mano sobre el corazón y la otra apretando fuertemente su garganta*). Suelta... No podrás... Me ahogas... Me matas... Suelta maldita... Maldi... (*No puede terminar la palabra. Una mueca terrible; un movimiento rápido por todo su cuerpo y queda tendido, sin vida, sobre el tablado*).

FIN DE LA OBRA

Marzo 1931.



PRECIO: UNA PESETA